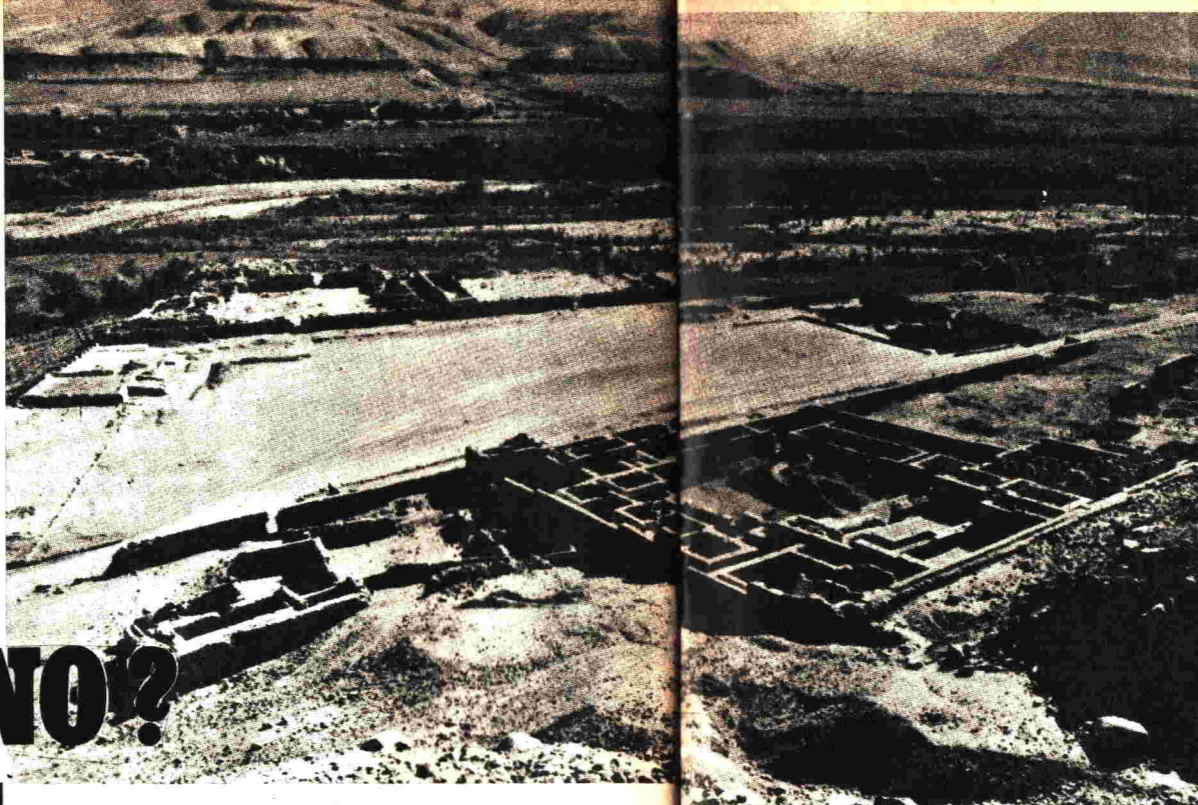


# ¿EXISTEN RAICES INCAICAS EN EL FOLKLORE NOROESTINO?

por *Ciro René Lafón*.

El presente trabajo del profesor **Ciro René Lafón** encara una cuestión —la de la influencia incásica en el folklore noroestino— que es motivo habitual de polémica en cuanto a sus reales alcances. La ligereza o el manejo de información de segunda o tercera mano han sobrevalorado o confundido términos cuando se ha hecho referencia al influjo real de la cultura imperial incaica. En esta primera parte de su estudio, el profesor Lafón pasa por menorizada revista a las distintas series de testimonios y rastros que certifican esa presencia en las diferentes zonas de nuestro actual territorio; en la segunda, el autor dará respuesta concreta y polémica al interrogante del título. Creemos —por la importancia del tema y la idoneidad del expositor— que el presente es un aporte fundamental para el esclarecimiento de un tema que trasciende los límites de la discusión arqueológica.



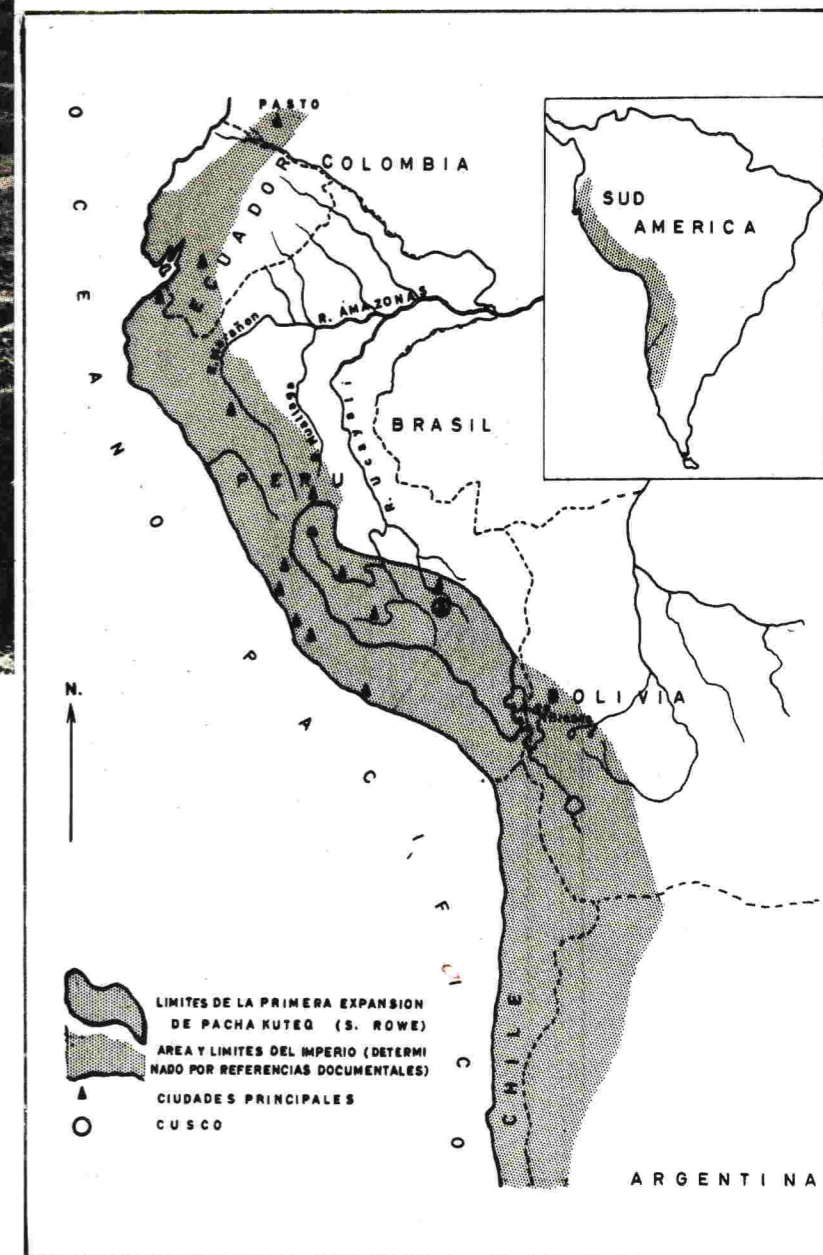
## PRIMERA PARTE

### 1. La presencia incaica en el Noroeste Argentino

1. La presencia de restos culturales incaicos en el Noroeste Argentino, comprobada desde fines del siglo pasado y sobrevalorada en su real dimensión por hallazgos posteriores, hizo que muchos especialistas de los primeros tiempos de la arqueología argentina interpretaran el desarrollo cultural de las sociedades y culturas que encontraron los españoles como habiéndose originado totalmente a partir de lo que se llamó el Imperio de los Incas. **Hoy sabemos positivamente que no fue así**, pero la perduración de aquella imagen equivocada se ha convertido en un estereotipo y, a veces, en un artículo de fe, para mucha gente, aun en los medios considerados corrientemente como cultos, favorecida por el extraordinario prestigio de la cultura incaica, por la falta de información precisa, por la improvisación de presentadores y comentaristas de espectáculos, cuando no por artistas que en su búsqueda del color local, del "matiz telúrico" o de las "raíces autóctonas", abrevan en viejos textos o utilizan fuentes de tercera o cuarta mano.

Las páginas que siguen van encaminadas a arrojar un poco de luz sobre tan espinoso tema para informar a nuestros lectores acerca del estado actual de la cuestión que, si bien no ha sido solucionada totalmente por los especialistas, cuenta ya con un acuerdo básico incontrovertible: **el patrimonio cultural de los aborígenes argentinos no es de origen incaico**. Tuvo un desarrollo independiente hasta fines del siglo XV, época en la cual los hombres de lengua quechua alcanzaron su máxima expansión hacia el sud con las conquistas de Topa Inca, que incorporaron a su área de influencia el territorio chileno hasta el río Maule y una franja de este lado de la cordillera, cuya ocupación no fue total ni uniforme.

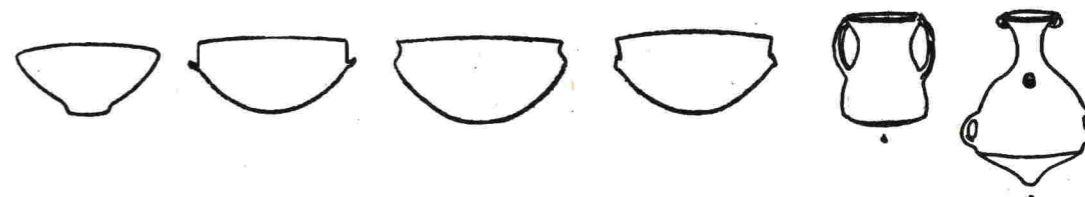
Extensión del Imperio Inca (según Lumbreras, 1969).



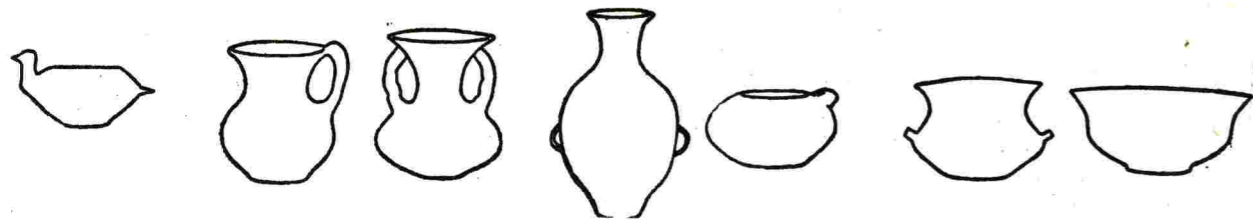
Existen testimonios concretos que demuestran la llegada, directa e indirecta, de influjos culturales de origen incaico, que deben enmarcarse estrictamente en términos de espacio y tiempo. Empezaron a llegar en el último tercio del siglo XV y continuaron durante la primera mitad del siglo XVI, cuando detrás de ellos venían ya los jinetes

de Castilla. Las huellas testimoniales, de distinta significación, se encuentran en los valles preandinos de Mendoza y San Juan; en los Valles Calchaquies, especialmente en las cabeceras; en el alti-

Formas corrientes de la cerámica incaica (Rowe).







Decoración de estilo Inca  
Paya (Ambrosetti).

plano Andino y en la quebrada de Humahuaca. El ordenamiento y jerarquización de estos testimonios permitirá rehacer el proceso y demostrar de qué modo esta "influencia incaica" alteró el funcionamiento de las culturas locales, en tiempos ligeramente prehispánicos.

## 2. El marco geográfico

A tales efectos considero que es conveniente ubicar a las culturas aborígenes del Noroeste Argentino en el marco del gran sistema cultural del que formaron parte: el sistema de las culturas andinas, así llamadas por su ubicación geográfica, localizada en las tierras que acompañan a la Cordillera de los Andes, conocida según la denominación específica de **Área Cultural Andina**. Se entiende por **área cultural** el espacio geográfico en el cual tienden a quedar confinadas sociedades y culturas que tienen entre sí cierto número de características culturales comunes, producto de la adecuación al medio y del aprovechamiento de los recursos naturales disponibles. Esta Área Cultural Andina puede subdividirse en tres porciones, que se adecuan a la subdivisión establecida por los geógrafos en Andes Septentrionales, Andes Centrales y Andes Meridionales, denominados respectivamente Subárea Andina Septentrional, Central y Meridional.

Vasos de estilo Inca locales.



En la unidad **Subárea Andina Meridional** está comprendida la unidad espacial que abarca el Noroeste Argentino y la subárea Andina Meridional incluye el extremo sur de la costa peruana, a la altura del paralelo 15° de latitud Sur, el Altiplano boliviano, el norte de Chile hasta los Valles Transversales incluidos y, sin forzar la clasificación propuesta, podría incorporarse, desde el punto de vista cultural, buena parte de la Araucanía. A su vez, la Región del Noroeste Argentino se subdivide en unidades menores claramente definidas: el Altiplano Andino (o Puna Argentina), la Quebrada de Humahuaca y sus tributarios, las Sierras Subandinas, la Valliserrana, las Sierras Centrales y la llanura Chaco Santiagueña. Conviene que el lector sepa que se trata de verdaderas "subregiones", que recortan el espacio de la Región Noroeste Argentino en unidades menores según sus particularidades ambientales, que de un modo u otro condicionaron el desarrollo cultural de los pueblos que la habitaron, dando lugar a configuraciones culturales regionales que no llegaron a modificar el patrimonio cultural básico que las caracterizaba.

A la llegada de los españoles habitaban el Noroeste Argentino los pueblos que he denominado Agricultores Andinos, por oposición a los Agricultores Tropicales. (Ver números 290 y 291 de esta revista, los primeros de la serie Culturas Regionales Argentinas).

Vaso Cuzco Policromo.

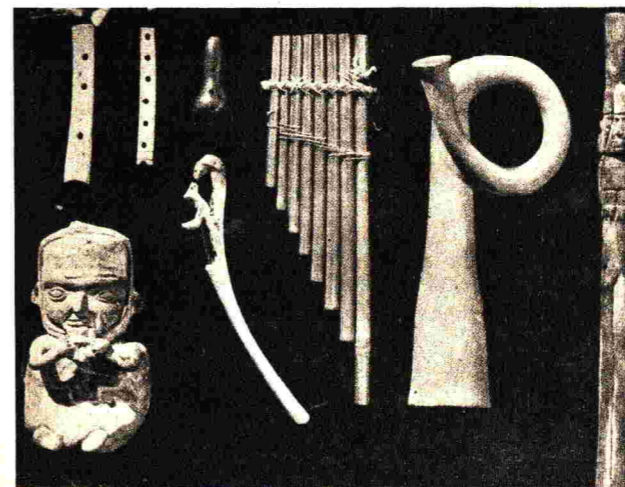


## 3. Aproximaciones metodológicas

La cerámica ha sido siempre el elemento de juicio que más han tenido en cuenta los arqueólogos que se han ocupado de la "influencia incaica", como resultado de la semejanza en forma y decoración que se comprueba a simple vista en ciertos vasos (aribalos, aribaloides, ollas con pie, jarras con asa lateral oblicua y buen número de pequeños platos con un asa modelada en forma de cabeza de pato). Este tipo de comparación —no demasiado precisa y, por el contrario, demasiado generalizada—, recién pudo hacerse correctamente cuando la cerámica incaica fue debidamente clasificada y el estilo **Cuzco Policromo** fue claramente definido como el propio de la cerámica fabricada en su lugar de origen; además, cuando los estilos cerámicos del Noroeste Argentino fueron específicamente determinados en tiempo y lugar, y fue posible establecer cuáles de ellos aparecían asociados con aquélla y cuáles habían incorporado a su factura formas o motivos decorativos de aquel origen, dando lugar a estilos locales en los cuales es posible distinguir ambos componentes. Esto fue posible recién cuando los materiales a comparar procedieron de excavaciones arqueológicas correctas, que probaban su contemporaneidad, y cuando existió una adecuada sistematización de los estilos cerámicos del Noroeste que permitió que se los ubicara cronológicamente en los siglos XV y XVI.

Las posibilidades de esta comparación radican en la noción de **estilo cerámico**, que es la combinación y asociación constante de motivos decorativos —agrupados en registros regulares determinados—, que caracterizan la cerámica de una cultura dada en un tiempo dado. En este caso, la cerámica incaica a partir de la segunda mitad del siglo XV. No debe confundirse nunca con **tipo cerámico**, que se refiere siempre al artefacto, que caracteriza una forma determinada, que tiene valor instrumental y técnico para caracterizar la cerámica de un sitio determinado, clasificarla y ordenarla. "Estilo" es independiente de la materia prima y, en cuanto al "estilo inca", se reconoce además en los tejidos, en la metalurgia, en la arquitectura y en la industria lítica. Se refiere a la decoración y tiene un contenido fundamentalmente simbólico, que incluye aspectos socioculturales de valor singular. (Lafón, 1976).

Instrumentos musicales pre-incaicos (Rowe, 1947).



Tocador de tambor. Cultura Nasca (Lumbreras, 1969).

Con este enfoque no resulta difícil separar en la cerámica del noroeste que tiene cierto aire incaico, aquellos ejemplares que son de estilo **Cuzco Policromo**, elaborados por artesanos incaicos, con técnica incaica, procedentes de su lugar de origen. Son una prueba palpable de que hubo relaciones, directas o indirectas, entre ambas regiones. Su abundancia relativa en ciertas subregiones del Noroeste permite inferir relaciones comerciales y la difusión de un estilo decorativo que traía un mensaje de otros hombres, de otra sociedad, de otra cultura, que han llegado hasta nosotros como testimonio de un proceso de contacto.

Separados los vasos **Cuzco Policromo**, quedan muchos que tienen marcado aire de familia con ellos, cuando no una coincidencia formal y decorativa, que habla bien a las claras de una imitación o copia, obra del artesano local, que con la materia prima y los medios técnicos a su alcance reprodujo, con mano titubeante a veces, el modelo extraño. He aquí la evidencia de una actitud especial: el afán de reproducir las cosas nuevas aunque con una comprensión no muy clara de su significado. Lo que no puedo afirmar es si fue resultado de la fuerza, de la persuasión o simplemente de copiar algo nuevo, analizando únicamente la cerámica.

Hecha esta segunda selección puede comprobarse que todavía resta un buen número de vasos que conserva aire de familia con los ya separados, cuya atenta observación permite verificar un proceso distinto, que es la compenetración de los estilos locales con el estilo importado y la adaptación local de ciertas formas, que dio origen a **Estilos Inca Locales**, producto de la fusión de dos componentes distintos en su origen, que demues-





Tocadora de caja (Huamán Poma).

tran el nuevo equilibrio logrado entre lo que ya existía y lo que vino de afuera.

Por último, quedarán los vasos pertenecientes a los **Estilos locales** y, gracias al método estratigráfico, podemos diagnosticar cuáles de ellos estaban vigentes cuando empezó a llegar al Noroeste Argentino la corriente de influjos culturales de origen incaico, mediante la identificación de cuáles de ellos aparecen asociados con los estilos cuzqueños. Del mismo modo se puede observar qué estilos continuaron su vigencia sin ser perturbados por la cultura incaica en expansión cuando llegaron los españoles.

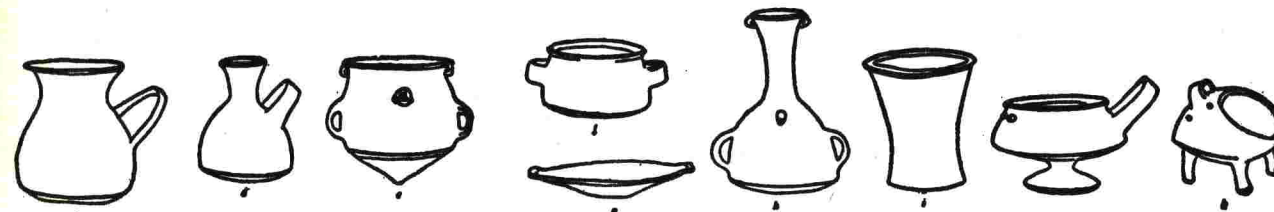
Este enfoque metodológico que usamos los arqueólogos para medir la intensidad de la presencia incaica usando la cerámica como indicador, es válido también para ser utilizado con las restantes manifestaciones tecnológicas, con la arquitectura, con el patrón de asentamiento y con las manifestaciones no materiales de la Cultura Incaica, que conocemos muy bien por las fuentes históricas de los siglos XVI y XVII, escritas por españoles que la vieron funcionar o recogieron información directa a través de sus portadores y de sus descendientes. De aquí en adelante aplicaré este método en cada una de las unidades espaciales que ordené en el acápite 2 de esta nota. Disculpame, amigo lector, por esta incursión por el **método arqueológico** pero, como habrás comprobado, no es más que un aspecto del viejo y nobilísimo **método comparativo**, que no tiene nada de esotérico ni de incomprensible, y sí una dosis de sentido común que no siempre es visible en muchos trabajos de la especialidad.

#### 4. Presencia Incaica en el Altiplano Andino (Sector Argentino de la Puna)

Se conocen piezas de cerámica importada, copias fieles y estilos Inca locales que, en muchos casos, han coexistido con cerámica que ha incorporado rasgos hispánicos. La metalurgia fue una industria local, de cuyos hallazgos puede inferirse que en ciertos yacimientos son abundantes los artefactos que evidencian coincidencias formales con los de origen cuzqueño. La técnica de fabricación responde también a aquel modelo. El auge en la utilización del bronce indudablemente es de ese origen. La arquitectura y el patrón de asentamiento constituyen un buen indicador, pero en el Altiplano Andino carecemos de estudios precisos. Existen, sí, fortalezas o pucará, que algunos autores consideran como idea original de los Incas y ven en su construcción la evidencia de un plan estratégico. Los tejidos recuperados en ciertos yacimientos como Doncellas y Casabindo permiten reconocer prendas que, por su técnica y por su forma, son de origen incaico, así como también las de factura local que las imitan y las originales del lugar. Los artefactos de piedra no han sido motivo de tratamiento especial como elemento de diagnóstico para el tema que me ocupa, pero la presencia de representaciones plásticas de llamas, y de alpacas en menor proporción, que se comprobaba en varios yacimientos, sumada a otros elementos de juicio, adquiere valor significativo. Más cuando tradicionalmente sus prototipos son conocidos desde principios de siglo como las "llamitas de piedra del Cuzco". Entre los artefactos de madera, tan bien conservados en esta subregión, hay ciertos vasos llamados kero, timbales o cubiletes, lisos o decorados con motivos incisos fácilmente reconocibles, opinión que se ve afirmada cuando tienen incrustaciones de metal o de piedra o pintura laqueada. Ciertos artefactos de hueso, como algún instrumento de telar (rockey), o algunas que sugieren balanzas estilizadas en tiempos de la llegada de Pizarro, o instrumentos musicales (quena), por sí solos, no son demostrativos, especialmente este último, de rancia ascendencia pre-incaica, como el siku. En cambio adquiere valor particular la presencia de valvas de molusco (*Pecten Purpuratus*) como ajuar en las tumbas del yacimiento de Doncellas, no sólo por tratarse de especies propias del Pacífico sino porque tenían gran valor en los enterratorios de la época incaica en el Perú. En cuanto a las trazas del Camino del Inca, la información es casi inexistente. El "camino de la Puna", rumbo a Chile, que siguió Almagro en su paso, sugiere la existencia de tal ruta, pero no hay información arqueológica de su localización. Como resultado de esta exégesis puede admitirse que el Altiplano Andino, el extremo Noroeste de la región conocida como Noroeste Argentino es uno de los lugares más adecuados para dilucidar una cuestión que está esperando a su especialista.

#### 5. Presencia Incaica en la Quebrada de Humahuaca y Quebradas Tributarias

En este sector del espacio geográfico del Noroeste Argentino existió una modalidad cultural local con fuerte personalidad que, sin embargo, fue afectada con cierta intensidad por el impacto incaico. La cerámica lo acusa concretamente: hay vasos importados de típico estilo Cuzco policromo, hay buenas copias de originales importados y hay estilos Inca locales, como el **Humahuaca-In-**



ca, que denota clara fusión de los estilos locales con el foráneo. La metalurgia del bronce fue una industria local, que reconoce en técnica, procedimientos y artefactos una fuerte corriente procedente del Incanato. En la Arquitectura y patrón de asentamiento se reconoce la presencia incaica en algunos yacimientos que estuvieron ocupados en la segunda mitad del siglo XV, especialmente en el Pucará de Tilcara. Hay allí pisos pavimentados, revoque y mortero de barro, nichos y alacenas en las paredes, un templo solar con altar de sacrificio (la iglesia) y hasta un taller de un artesano especializado en llamitas de alabastro talladas. Todo parece indicar que esta aglomeración cuasi urbana fue la sede de un funcionario residente o de un jefe local sometido al poder cuzqueño. Si esto fue así, nos encontraríamos con un hecho de gran significación que explicaría la existencia de dilatados campos de cultivo con andenes y sistema de riego, que incluían represas y canales de riego, en El Alfarcito y zonas vecinas, con elevado potencial de rendimiento agrícola que no se corresponde con los sitios de vivienda detectados en sus vecindades. En efecto, si estos campos agrícolas pertenecían a la órbita de servicios del Pucará de Tilcara, que en su época más brillante albergó más de cinco mil habitantes y no está a más de cinco kilómetros en línea recta, nos encontraríamos ante un ejemplo de **Agricultura de Riego Estatal**, casi único en su género en el Noroeste, que es coherente con las obras de defensa, con el templo para el culto solar, con los pisos pavimentados y con la existencia de artesanos especializados. Como refuerzo de esta hipótesis, menciono ya el yacimiento de Coctaca, frente a la villa de Humahuaca, que si bien no ha sido estudiado a fondo, parece ser un caso semejante. Los artefactos de piedra y madera conservados en esta subregión permiten sospechar algunas trazas de la Cultura incaica, pero no han sido aquilatadas en especial. Existen, sí, llamitas de piedra, y algunos artefactos de hueso semejantes a los que mencioné para el Altiplano Andino cuyo valor demostrativo está condicionado por los ya mencionados. La calidad de los tejidos conservados sugiere un fenómeno semejante al de la Puna, pero no existen estudios demostrativos al respecto. Otro tanto puede decirse respecto de la existencia de fortalezas o Pucará, cuyo valor no está claramente precisado por los especialistas. Las valvas de molusco procedentes del Pacífico encontradas en las necrópolis del Pucará de Tilcara y otros lugares afirman su carácter como rasgos significantes, al estilo de lo que dije en el apartado anterior.

#### 6. Presencia Incaica en las Sierras Subandinas

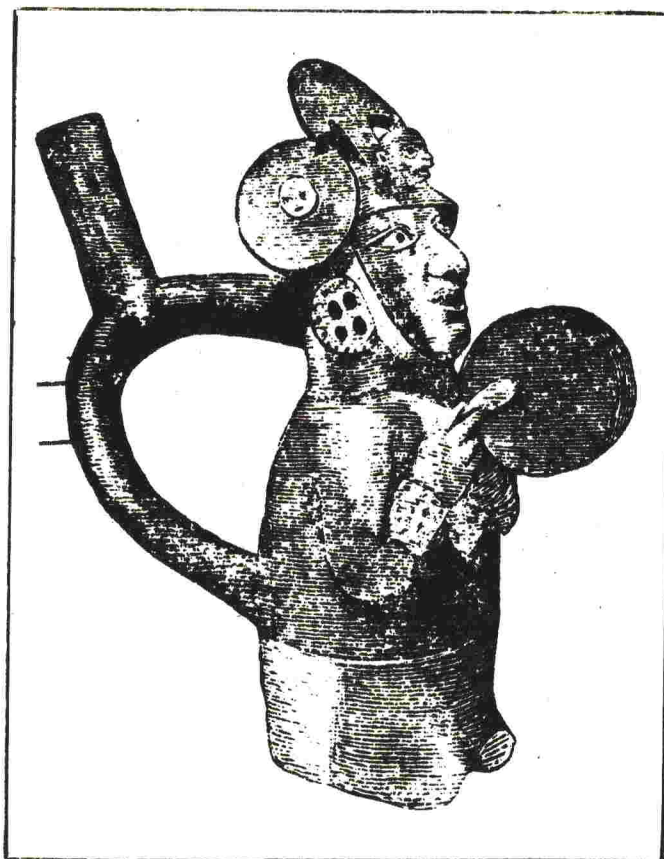
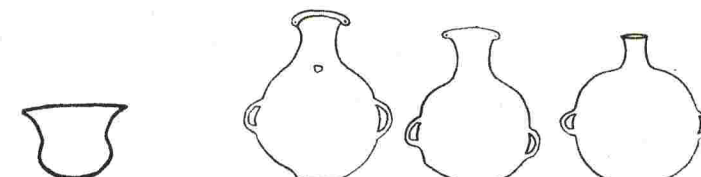
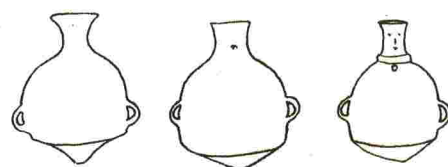
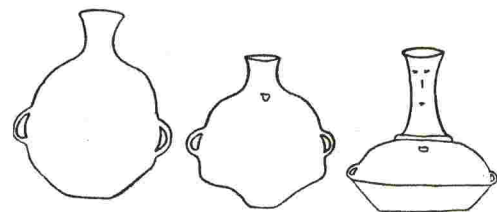
Tanto en la faja septentrional como en la faja meridional de las Sierras Subandinas no puede detectarse la presencia andina en el estado actual del conocimiento. Algún hallazgo aislado o algún

artefacto fuera de contexto no puede ser invocado como elemento probatorio y carece de relevancia.

#### 7. Presencia Incaica en la Subregión Valliserrana

Los influjos incaicos en la cerámica varían según los lugares. La mayor intensidad corresponde a las cabeceras de los Valles Calchaquíes y disminuye a medida que se avanza hacia el sud. Numerosos yacimientos han demostrado la existencia del estilo Cuzco policromo y algunos yacimientos evidencian **Estilos Inca locales**, como el **estilo Inca Paya**, en el yacimiento homónimo. Todo indica que en La Paya se localizó un centro secundario de incaización, de donde irradió hacia Tucumán, como se ve en los yacimientos Rincón Chico o Ingenio del Arenal. Los estilos asociados son muchos y testimonian la existencia de culturas locales que no fueron afectadas por la influencia incaica. En metalurgia, la popularidad del bronce y su difusión geográfica coinciden con la difusión de la forma cultural conocida como Belén III, que acusó el impacto incaico, con mayor concentración en las cabeceras de los Valles. Placas, discos pectorales, cuchillos semilunares, manoplas, cinceles, buriles, pinzas depilatorias, estaban en uso en tiempos tardíos. Las fases finales de la Cultura Santamarriana ostenta rasgos incaicos. En la arquitectura y patrón de asentamiento son frecuentes los restos que sugieren la presencia incaica, aunque no existen demasiados estudios especializados. La mayor abundancia se da en las mitad norte y en los contrafuertes andinos hasta el sud de Mendoza (por ejemplo: Palermo, Pucará de Aconquija, Watungasta, Punta de Balasto, Incahuasi en Salta, Pucará de los Sauces, Pucará de los Sarmientos, Quilmes, Famabalasto, Cerro Pintado de las Mojarras, Fuerte Quemado y otros). En La Rioja hay tamberías, como las de Famatina y Chilecito. Los estudios actualizados sobre el tema casi no existen pero todo sugiere la existencia de un "foco" de incaización de segundo grado en La Paya y en Payogasta. La **Casa Morada de La Paya** pudo ser la sede de un curaca sometido. Los artefactos de madera y de piedra —asimismo los de hueso— como no han sido objeto de estudios referidos especialmente al tema que me ocupa, sólo pueden ser tomados en cuenta cuando forman parte de un contexto preciso. Hay algunas "llamitas de piedra" y algún artefacto de hueso de aire incaico pero su valor es muy relativo. La existencia del Camino del Inca en el Noroeste está denunciada en dos niveles distintos y complementarios, a saber: por las fuentes históricas y por la evidencia arqueológica, que han reconocido sus trazas en los lugares indicados por aquéllas. Restos pueden reconocerse en ciertos lugares de Salta y Tucumán y otros más concretos se reconocen en San Juan y Mendoza, que trataremos más adelante. La utilización de los "quipus" (recurso mnemotécnico) no está documentada arqueológicamente pero existen testimonios históricos de su utiliza-





*Tocador de caja. Cultura Mochica (K. Doig, 1970).*

*Copias locales del modelo importado (Lafon, 1948).*



*Tocador de trompeta. Cultura Mochica (K. Doig, 1970).*



*La guagua a la espalda. Cultura Mochica (K. Doig, 1970).*

ción en el último tercio del siglo XVII en el departamento de Andalgala, por parte de los indígenas que los manipulaban para "recordar sus pecados".

### 8. La presencia Incaica en Santiago del Estero y en las Sierras Centrales

No hay constancia de la existencia de rasgos culturales que demuestren la presencia incaica. Quizá puedan reconocerse algunos elementos llegados muy tardíamente, de segunda mano, a través de la comunicación con los Valles Calchaquiles, pero carecen de relevancia. En la subregión chacosantiagueña el idioma vernáculo es producto de los tiempos hispánicos y posthispánicos, consecuencia de la estilización del idioma quechua como lengua general por los religiosos en su campaña de evangelización.

### 9. La presencia Incaica en Cuyo

Hay numerosos yacimientos, con ruinas de superficie, en los que se ha recuperado cerámica de estilo Cuzco policromo, que aparece asociada con cerámica de estilos locales; no conocemos por ahora estilos Inca locales ni demasiadas copias de modelos de aquel origen. La metalurgia cuyana es poco conocida y no muy abundante, y parece ser una industria local, lo que no autoriza ninguna inferencia. En cambio la arquitectura y el patrón de asentamiento son un buen indicador para evaluar la "influencia Incaica" en sus dos manifestaciones corrientes, a saber: la red de caminos y albergues (tambos) y los santuarios de altura. La vía principal venía desde Famatina, entraba en San Juan, cruzaba las Serranías de Gualcama o, bajaba al valle de Calingasta, entraba a Uspallata, siguiendo el Cajón del Río Mendoza; para salir a Chile. Los tambos son recintos de paredes pirca-

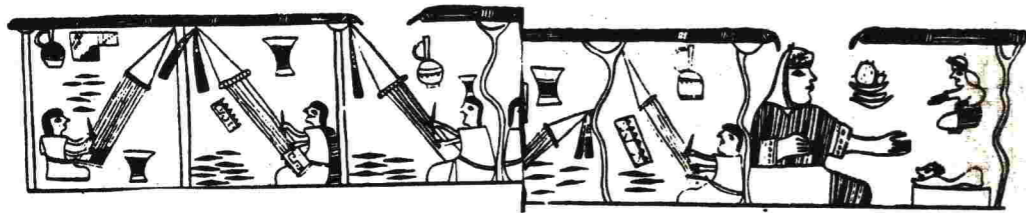
das, rodeadas por un muro, en cuya vecindad hay siempre grandes corrales, que hacían el oficio de postas. Los "santuarios de altura" son templos pircaados de planta rectangular en las altas cumbres, por encima de los 5.000 m de altura en los que aparecen ofrendas de figurinas en metal precioso y valvas de molusco del Pacífico. El caso más espectacular es la "momia" del Cerro del Toro, a 6.300 m de altura, que ilustra un sacrificio humano. Otros santuarios existen en los cerros de Las Tórtolas (6.300 m) y el cerro Mercedario (6.770) el yacimiento arqueológico más alto conocido hasta hoy. Los caminos principales eran servidos por caminos secundarios que facilitaban el acceso a lugares de explotación minera, practicada en gran escala, de los que han quedado restos que no son de la misma factura técnica que los conocidos para el Perú. La falta de estudios especializados no permite justipreciar en detalle el valor de artefactos de piedra, madera y hueso, algunos de los cuales resisten la comparación con otros similares de origen cuzqueño.

### 10. Los aspectos no materiales

Rastrear la presencia incaica en los aspectos culturales vinculados con la vida espiritual implica dificultades mayores y graves riesgos para el estudioso, por cuanto no siempre la demostración fehaciente es posible. Sin embargo, estoy en condiciones de brindar información al respecto aunque me limitaré únicamente a aquella de la que pueda ofrecer pruebas o semiplena prueba de su veracidad. Por eso me referiré sólo al ideario religioso, al culto de los muertos y a los sacrificios humanos.

La práctica del culto solar no estaba generalizada en el Noroeste en tiempos de la llegada de los españoles. El culto del sol y de algunas de las divinidades menores (trueno, rayo, etc) es mencionado por las fuentes históricas en ciertos lugares y en otros no. Del mismo modo que un autor dice que no tenían templos y otro que sí los te-





Telares. Cultura Mochica  
(K. Doig, 1970).



nian. Esta aparente contradicción se explica, en un caso, porque la información se refiere a lugares distintos; y, en otro caso, porque los testimonios están separados por más de cincuenta años en el tiempo. Esta situación habla bien a las claras de que la difusión de tal práctica no fue uniforme.

El culto de los muertos caracterizó a todos los pueblos que integraron el sistema de culturas andinas mucho antes del florecimiento de los incas, pero con ellos fue, en cierto modo, regimentado, enfatizando en los antepasados muertos. Y un culto de los parientes muertos y de los antepasados puede reconocerse analizando las prácticas funerarias de algunos lugares en especial, como la Quebrada de Humahuaca y la Puna, por ejemplo, si bien eso no basta para atribuirsele, porque ese culto particular existía por lo menos en el siglo X de nuestra era.

Los sacrificios humanos que trataré en esta oportunidad son los que han sido comprobados en los llamados "santuarios de altura". Específicamente la momia del Cerro del Toro, en nuestro país, que reconoce su equivalente en la momia del Cerro del Plomo, en la vecina República de Chile. Es un caso de sacrificio humano en un lugar sagrado, a más de 6.000 m de altura, con finalidad no claramente definida, pero prueba evidente de la existencia de tales prácticas.

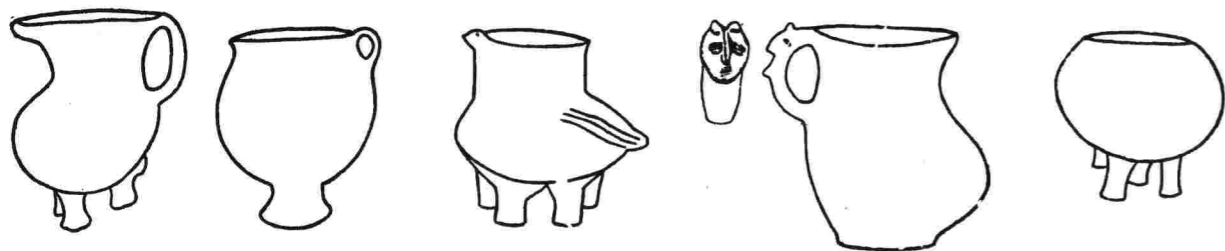
El culto de los lugares altos, otro rasgo que integraba el ideario religioso incaico, puede reconocerse por varios hallazgos entre los que se cuentan el realizado en el nevado del Chañi, con restos humanos producto de un sacrificio como el del Cerro del Toro; el hallazgo de Cerro Morado, en Iruya, en la provincia de Salta, sin sacrificios humanos; el hallazgo de Cerro Gallán en la Puna; el hallazgo del Llullaillaco y otros semejantes. Pero este culto por los lugares altos, ya existía en tiempos preincaicos.

La existencia de un verdadero mundo mágico heterogéneo paralelo a la religión oficial complica las posibilidades de análisis comparativo, porque

si bien muchos aspectos rituales vinculados con la fertilidad, más ciertos ritos de pasaje o prácticas shamánicas pertenecen a un fondo común de todos los pueblos portadores de las culturas andinas, no hay duda que algunos de ellos —como la simbeada (rutichico) para no citar sino uno bien conocido— deben ser adscriptos al ritualismo de origen incaico. Reflexiones semejantes resultan del análisis de los instrumentos musicales y de ciertas danzas, todavía en uso en ciertos lugares del Altiplano que, más allá de sus versiones actuales, permiten adivinar ecos lejanos de versiones antiguas que coinciden con descripciones de los españoles que vieron funcionar a pleno la cultura y sociedad incaicas pero que procedían del substratum preincaico.

### 11. Una primera valoración

Hasta aquí he pasado revista a los indicios que me permiten rastrear la presencia incaica en el Noroeste Argentino. Como el lector habrá comprobado no todos los que he elegido como indicadores tienen igual valor ni significación. Tampoco han sido estudiados por los especialistas ni con la misma rigurosidad ni con la misma profundidad. Algunos de ellos, la cerámica sobre todo, pasaron a ser esgrimidos como argumentos probatorios del origen incaico de las culturas aborígenes. Bastaba sólo la presencia de algunos rasgos coincidentes para dar por probada la llamada "influencia incaica". Andando el tiempo, el perfeccionamiento de la técnica y la metodología arqueológica fue creando nuevas herramientas que permitieron ajustes valiosos para la interpretación de los datos disponibles y de los que se iban sumando. Pero todavía estamos lejos de poder decir la última palabra. Ni siquiera la penúltima. De modo que, sin salir del campo de las inferencias posibles intentaré jerarquizar tales indicios para ensayar luego la reconstrucción del proceso, con las limitaciones del caso, para facilitar una visión de conjunto, que no tiene otra pretensión que la de brindar una imagen accesible de un fenómeno que aún no es conocido en su dimensión total, pero que los especialistas conocemos bastante.



La importancia de la cerámica como elemento de prueba no puede negarse siempre y cuando se tenga presente que su valor ha sido magnificado por los arqueólogos, que la convierten en el indicador por excelencia. Como ha podido comprobarse, a través de los argumentos que en su lugar desarrollé, los cambios reflejados en la cerámica permiten inferir ciertos detalles del proceso y que éste no fue uniforme en todo el Noroeste. Esta posibilidad no es desdeñable si pensamos que la cerámica, por su propio carácter de manifestación artística, fue el elemento más permeable ante las innovaciones que llegaban de afuera.

La metalurgia, en su doble faz, la técnica y la artística, fue modificada, más que nada, por el mejoramiento que significó el uso corriente de la aleación cobre y estaño, completada por otras técnicas, como el endurecimiento por martilleo, y la incorporación de nuevos utensilios, como el cuchillo, semilunar. Es lícito pensar que este mejoramiento influyó también en la utilización de otras materias primas como madera, hueso y piedra.

La arquitectura, casi exclusivamente doméstica en nuestro caso, no asimiló ni copió la técnica de la arquitectura ciudadana y monumental, que, por otra parte, no le fue impuesta. Los detalles que agrupamos en el acápite correspondiente, no representan sino ciertas mejoras o el agregado de ciertas comodidades (los nichos y alacenas, por ejemplo) o una mejor terminación (revoque interno y/o externo con barro) para la técnica de construcción ya existente. Con relación al patrón de asentamiento, las innovaciones más espectaculares fueron las fortificaciones, que pueden seguirse a lo largo de las rutas principales; los templos enclavados en las aglomeraciones urbanas, de los cuales no se conocen más de dos o tres casos (la iglesia del Pucará de Tilcara, por ejemplo); los tambos, que responden totalmente al patrón incaico, y los santuarios de altura. A esta nómina debe agregarse la particular disposición de varias habitaciones —intercomunicadas o no— que delimitan un patio central, comprobada en algunos lugares de Cuyo, de la Quebrada de Humahuaca y de la subregión Valliserrana, pero siempre con carácter de excepcional.

En los restantes campos de la tecnología los indicadores disponibles no son determinantes tratados individualmente, más allá de lo que su presencia sugiere, pero contribuyen a fortalecer la valoración de conjunto. Por otra parte, están sujetos, especialmente, tejidos y madera, a las contingencias de su conservación.

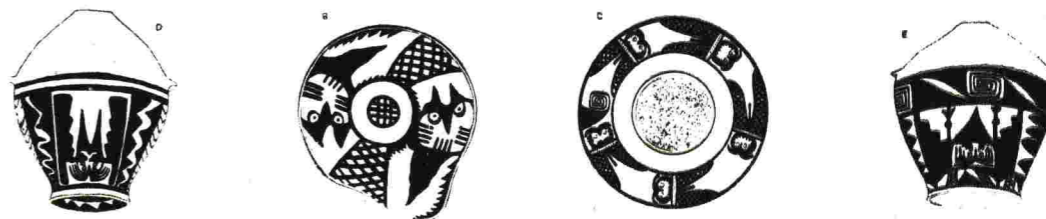
Caminos, tambos y santuarios de altura constituyen un conjunto de indicios muy revelador. Los dos primeros permiten reconocer las vías de acceso para la difusión de la cultura cuzqueña, que indican a las claras la existencia de un proyecto de expansión político-económico, a juzgar por el camino al pie de la Cordillera, que comunicaba y unía las explotaciones mineras. La frecuencia y tamaño de los tambos en Cuyo y en el extremo meridional de La Rioja, más la distribución de los lugares fortificados, coinciden en una finalidad: mantener expedito el camino a Chile. Los santuarios de altura evidencian, máxime aquellos que eran objeto de sacrificios humanos, la necesidad de contar con la protección de fuerzas no terrenales para llevar adelante la construcción y el mantenimiento de las comunicaciones.

El culto solar, a estar de su difusión, no parece haber sido impuesto coercitivamente. Los escasos templos que conocemos en los que se practicaba (la tantas veces citada iglesia del Pucará de Tilcara) están en lugares en los que, con seguridad, o hubo un funcionario residente o fue habitado por un curaca sometido (también ocurre así en la Casa Morada de La Paya). De los restantes indicios que caen dentro de la vida espiritual, nada concreto puede decirse.

El resultado de este ordenamiento es bastante sugerente para ensayar una aproximación a la interpretación del proceso que nos interesa reconstruir.

### 12. Una Interpretación del proceso

Y para cumplir con el planteo que nos hicimos





en el apartado 1 de nuestra presentación, cuando nos propusimos ensayar la reconstrucción del proceso, procedimos inmediatamente a su realización dentro de los límites conjeturales pero verosímiles que acabamos de fijarnos.

La existencia de una lejana región presumiblemente muy rica en minerales, densamente poblada y carente de unidad política como para entablar una resistencia activa, atrajo la atención de Topa Inca que planeó su anexión al Imperio. Esta decisión del soberano fue consecuencia de la llegada al Cuzco de una embajada procedente del Tucma (Tucumán) que llevó consigo cantidad de presentes y tributos en prueba de amistad, aunque la intención real hubiera sido congraciarse con los señores del Cuzco, de quienes tenían noticias concretas así como también de su expansión dominadora ya ejercitada en el norte de Chile. La noticia de esta embajada se lee en las fuentes históricas.

Como resultado de estas gestiones se inició una penetración pacífica, quedando los reinos locales del Noroeste sometidos a tributo, no sin resistencia por parte de alguno de ellos, que no representó, sin embargo, mayor inconveniente para los proyectos de Topa Inca. Se construyeron así las rutas del Inca, los tambos y los lugares fortificados que facilitaron y mantuvieron el dominio de los centros de producción minera y la circulación de los productos hacia Chile y hacia el Cuzco. Este contacto continuado durante más de medio siglo trajo como resultado una alteración del estilo de vida local que afectó especialmente la tecnología en aquellos lugares en los que el contacto fue más intenso, lugares que hemos identificado a grandes rasgos al tratar los distintos indicadores en los acápites precedentes.

Hacia mediados del siglo XVI se había logrado una suerte de *statu quo* que trajo aparejada una afirmación de la cultura dominante que empezó a consolidarse ya políticamente con la aparición de funcionarios residentes y con el reconocimiento de los curacas sometidos como representantes del poder central. Fue por entonces que empezaron a transplantarse nuevos hábitos, nuevas costumbres y empezó a difundirse el culto solar y, contemporáneamente, los artesanos locales empezaron a copiar primero y a adoptar después las innovaciones recién llegadas, llegando a producir lo que denominé estilos inca locales.

Esta lenta afirmación de la cultura dominante no se difundió como una mancha de aceite sino como la avenida de una inundación, que no cubre sino los lugares más expuestos que, en este caso, fueron lugares preestablecidos, o por sus posibilidades productivas o por su ubicación estratégica, cada uno de los cuales se convirtió luego en un centro de incaización. Poco tiempo antes de la llegada de los españoles, la penetración había empezado a alterar la estructura económica y social preexistente en ciertos lugares claves, siguiendo el modelo de la metrópoli. Tal fenómeno pudo haberse realizado en la Quebrada de Humahuaca si mi interpretación del Pucará de Tilcara como centro urbano, al servicio del cual estuvieron los campos de cultivo de El Alfarcito y alrededores y en cuyo trazado pueden reconocerse barrios de artesanos especializados, es correcta.

Otros centros urbanos como La Paya o Tastil han sido centros análogos, con distinta funcionalidad o con énfasis marcado hacia otro tipo de actividades. Sin contar la existencia de otros que puedan ser descubiertos en el futuro.



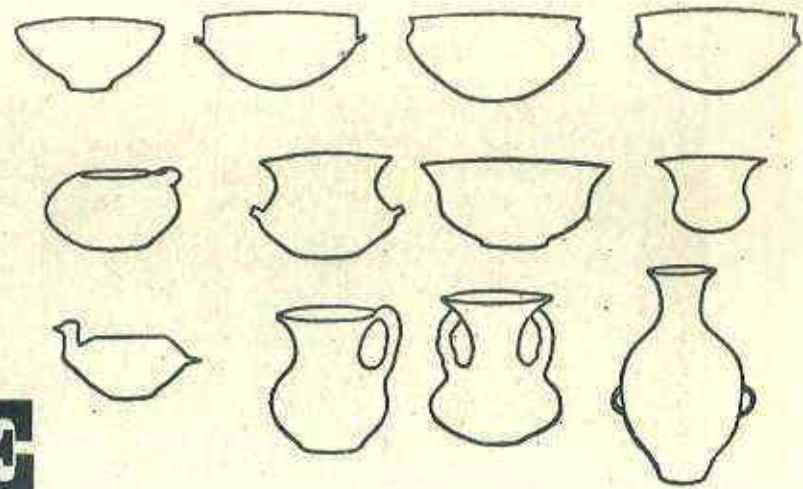
La guerra de sucesión estallada en vísperas del descubrimiento y conquista española y la caída del Imperio interrumpieron la puesta en marcha total de este proyecto que estaba en su primera etapa de realización, que tenía como meta convertir al Noroeste Argentino en una provincia incaica más, en una región sometida totalmente, como lo fue el norte de Chile, el altiplano boliviano o el lejano reino de Quito.

La irrupción de los jinetes de Castilla, atraídos también por las riquezas metalíferas interrumpió el proceso que estaba desarrollándose, lenta pero inexorablemente, hacia la incaización. El empuje de los europeos fue avasallador, aunque la resistencia no fue menos obstinada. Pero lo que no deja de ser una notable coincidencia es que la mayor oposición se haya dado, precisamente, en dos zonas muy incaizadas: en la Quebrada de Humahuaca y en Calchaquí. Fue aquí que alzamientos y resistencia armada se mantuvieron casi un siglo.

Nuestra reflexión final está dedicada a destacar el prestigio que alcanzó en el occidente de América del Sud la cultura que tuvo como centro a la metrópoli cuzqueña, que cubrió con sus reflejos más de 600.000 km<sup>2</sup>, una parte de los cuales fue el Noroeste Argentino, circulando hacia los cuatro puntos cardinales por las rutas del Inca. Prestigio que no decayó con la decadencia del Imperio y sirvió, por el contrario, como bandera para resistir a los españoles. Tanta fue su perduración que en determinado momento de las luchas por la Independencia se pensó en una dinastía incaica para gobernar las tierras americanas. Y todavía hoy persisten los ecos entre los pobladores rurales del más remoto Noroeste Argentino, para quienes el monumento al indio que se levanta en la villa de Humahuaca es "el Inca", como hemos oído más de una vez denominarlo a los lugareños. Del mismo modo que los topónimos Puente del Inca, Inca Cueva o Intihuasi conservan vívido el recuerdo de la expansión de los hombres de la lengua quechua.



# ¿EXISTEN RAICES INCAICAS EN EL FOLKLORE NOROCCIDENTINO?



Elementos decorativos de la cerámica La Paya.

## Segunda Parte

por CIRO RENE LAFON

### 13. FOLKLORE, FOLKLORISMO, TRADICION

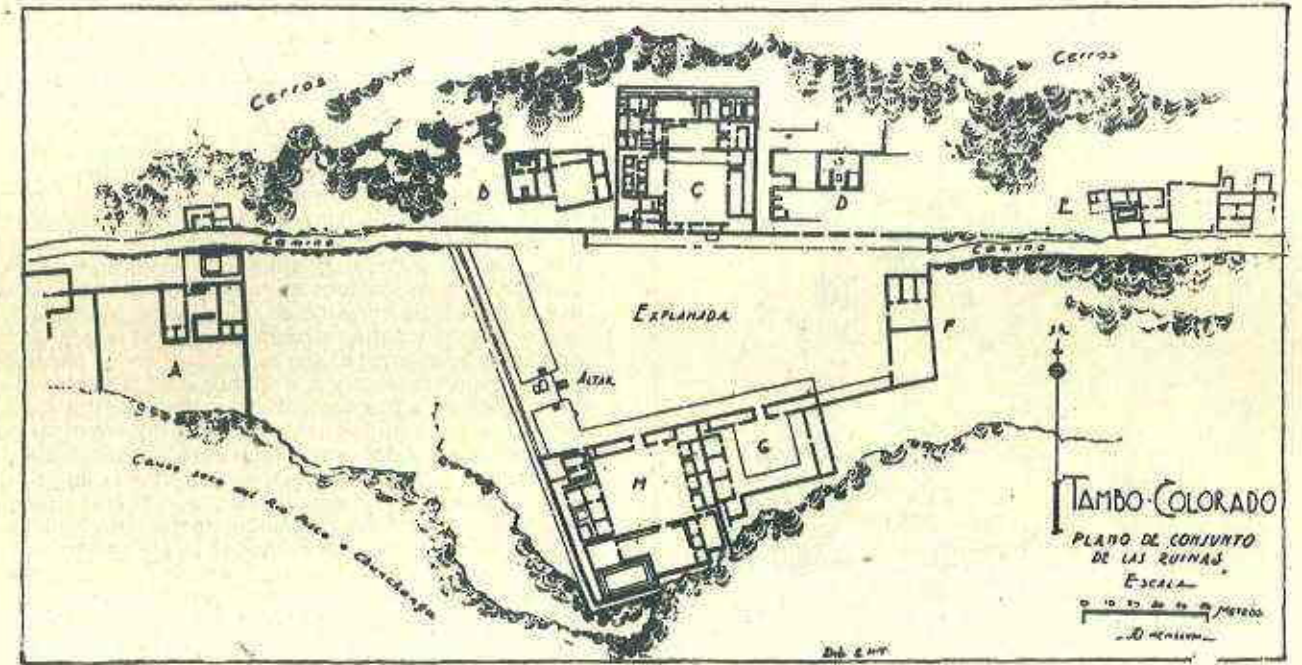
La segunda parte del título de esta nota me obliga a precisar que entiendo por Folklore, del mismo modo que acabo de determinar la intensidad de la presencia Incaica en el Noroeste Argentino a la llegada de los españoles valiéndome de la metodología arqueológica y de los datos históricos. A continuación y de modo breve y conciso explicaré mi posición al respecto, que el asiduo lector de esta revista podrá cotejar con la serie de notas que han aparecido en números anteriores firmadas por Ariel Gravano y sacar sus propias conclusiones. Quede claro que no asumo la total paternidad de lo que aquí diré, pero sí de su ordenamiento, jerarquización y ubicación en el campo de las ciencias humanas y de la valoración del papel de la tradición.

a) El Folklore es una de las disciplinas que integran el campo de las ciencias Antropológicas, o Antropología, como se las designa genéricamente. Específicamente forma parte de la Antropología Cultural, que estudia al hombre como creador de cultura, y tiene la misma jerarquía que la Arqueología, la Etnografía, la Etnología y la Antropología Social.

b) Su fundamento epistemológico es la estratificación de los patrimonios culturales que componen la cultura contemporánea. Así nació la especialidad a mediados del siglo pasado cuando los estudiosos comprobaron que alguno de los estratos que la componían conserva-

ba rasgos o asociaciones de rasgos culturales que correspondían a etapas ya superadas por los estratos superiores. La noción de estratificación está presente en todas las definiciones desde que William John Thoms acuñara —no muy felizmente por cierto— su nombre hasta Imbelloni, Vega, Vivante y Cortazar, para no citar sino especialistas argentinos que se han ocupado del tema. El mismo fenómeno puede observarse en las culturas no urbanas, a medida que nos alejamos de la ciudad y de las rutas seguidas por la difusión del proceso civilizatorio, que conservan paquetes enteros de rasgos culturales mantenidos por la tradición que los ciudadanos a veces ni recuerdan. Esta diferenciación suele ser denominada de manera gráfica como una "estratificación horizontal".

c) Su objeto propio, según una de las versiones más primitivas, es el saber tradicional de las clases populares, o en su versión geográfica, el saber tradicional de las culturas de áreas marginales o de aquellas que no han sido demasiado transformadas por hallarse lejos de las rutas que transita el proceso civilizatorio. En la delimitación del objeto propio es donde residen las cuestiones básicas del estado de discusión casi bizantina que ha hecho que se escribieran y se escriban todavía páginas y volúmenes sobre el "hecho folklórico". Este hecho folklórico es, antes que nada, un hecho cultural, resultante de "recortar" del fenómeno cultura que estudia el antropólogo cultural, "el saber tradicional" de las clases populares, marginadas o alejadas de los centros urbanos. Son dos ineludibles limitaciones que condicionan desde



Plano de la Ciudadela de Tambo Colorado, en el valle de Pisco. Según Harth-Terré.

al principio el objeto propio del folklore: la limitación sociológica y la limitación cultural, que no han podido ser esquivadas ni soslayadas, por más ensayos que se hayan hecho para demostrar lo indemostrable, disfrazándolo con adjetivos como oral, espontáneo, anónimo, tradicional y otros por el estilo. Pero la confusión mayor proviene de la alteración de su fundamento epistemológico: la estratificación de los patrimonios, que se ha confundido con estratificación social. La estratificación cultural de los patrimonios no está determinada por los estratos sociales, sea cual fuere su complejidad, ni por la distancia que los separa del centro difusor, sino por la circulación de los rasgos y complejos, tanto en sentido vertical como horizontal. El intento de superar la limitación sociológica utilizando de la propuesta de Redfield de "sociedad folk" y "cultura folk" produjo mayores confusiones que no es el caso analizar aquí, pero que en la década del sesenta generó una concienzuda definición según la cual el folklore "estudiaba el patrimonio de la sociedad folk" (sic) y se habló de los gauchos como "una sociedad campesina de tipo folk", ambos asertos, si es que Redfield llegó a enterarse de ellos, deben haberlo dejado perplejo, porque su modelo era un "modelo teórico" al servicio de la comprensión del cambio cultural. Y en esto andamos todavía. No importa, pues, el origen de los bienes o formas culturales ni su jerarquía, que son pura contingencia, sino el papel que desempeñan en el contexto que integran y la función que cumplen, como no importa tampoco la clase social en la que aparecen para valorar su significado. ¿Acaso las

"clases altas" no son conservadoras a ultranza en muchos casos? Baste recordar a los señores salteños y gran número de hacendados de Buenos Aires.

d) El método propio del Folklore no es sino el método antropológico al servicio de absorber la significación del objeto propio, tal como es recortado de la realidad cultural que integra. Responde en líneas generales a lo que se llama "Estudio de área" que supone un método totalizador que no desdeña ninguna información con tal que sea objeto de la crítica correspondiente. Implica agotar la información del área de investigación elegida, el trabajo de campo, la recolección de la información con los medios de registro indicados, el estudio menudo de los datos obtenidos y la interpretación final. Que no es sino la metodología del antropólogo cultural, que estudia en este caso el patrimonio de las capas subyacentes que aflora en las culturas de las naciones civilizadas y aspira a conocer e interpretar su papel en la integración de la argentinidad, en nuestro caso particular.

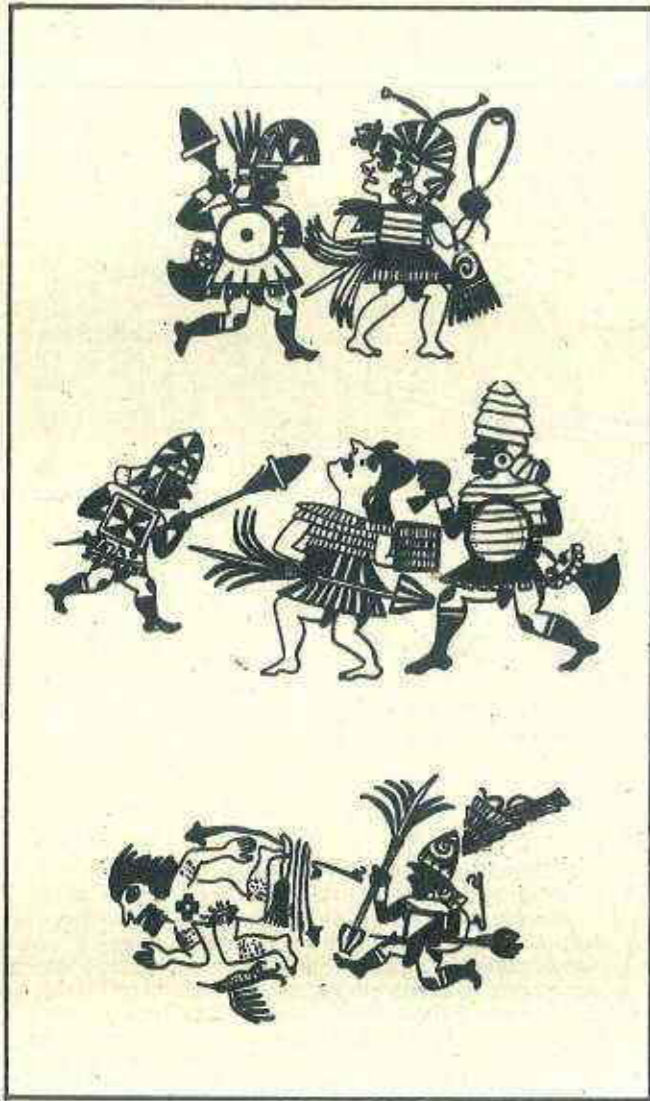
Así concluyo al Folklore. Una de las Ciencias Antropológicas según ha sido demostrado. Y estimo que no es necesario cambiar su nombre convirtiéndolo en Folklorología, que aparte de ser una muestra de teratología lingüística, no hace sino añadir un ingrediente mayor en la confusión y no le concede mayor jerarquía científica. Además no faltará algún mal pensado que interprete a la nueva designación como "cientificista" o "elitista", según el enfoque, porque al decir "Folklorología" se acerca por asimilación a Etnología o Arqueología o Antropo-



Vasos pertenecientes al tipo Isla policroma. Quebrada de la Cueva (Jujuy) y la Isla de Tilcara.







Sección de la cerámica bicroma Mochica formada por la pictográfica, en la que se representan pasajes mitológicos y escenas de guerra, entre otros temas.

logía, venerables y tradicionales ciencias cuya denominación termina en "logía", (que no siempre es una garantía). Elitista, porque quien la cultiva, "folklorólogo", no debe ser confundido con "folklorista", demasiado cerca de "artista" y puede contaminar la asepsia científica.

Otra cosa es el folklorismo que comprende todo lo que se ve y se oye en los medios masivos de comunicación, en los centros tradicionalistas, peñas y espectáculos de distinta jerarquía. Fenómeno complejo que está reclamando un estudio a fondo tanto desde el punto de vista cultural como desde el punto de vista histórico y sociológico. Sus primeras manifestaciones en la Capital, allá por mediados de la década de los años cuarenta, coincidió con las profundas transformaciones sociales y económicas que ocasionaron la llegada de las primeras oleadas de migración interna que se instalaron en los alrededores y en ciertos barrios, en especial, en pensiones y hoteles de humilde condición. Muchos de los lectores, sobre todo aquellos que ya han pasado los cuarenta, recordarán conmigo ciertos lugares como La Enramada o las primeras "vitrolas" instaladas en bares y cafés, que con una moneda de 20 centavos permitían oír la inconfundible voz de Antonio Tormo, que un poco tiempo fue el símbolo de la transformación en marcha. Vino después el llamado "boom" del Folklore y las carpas de Mar

del Plata albergaron a chicos y chicas de otro sector social que cantaban zambas y chacareras, a lo que no fueron ajenas las "guitarreadas" de la televisión. (Esto ilustra la circulación vertical y horizontal de los bienes culturales, que es independiente de la clase social). Surgieron otros símbolos de categoría oscilante, desde Los Chacareros hasta Eduardo Faiú, sin olvidar otra figura con trayectoria propia e inconfundible, independiente y personal, como la de Atahualpa Yupanqui. Este Folklorismo trajo a la ciudad un aire fresco, con olor a campo y trinos de aves silvestres. Rescató del olvido letras y coreografías, desde la Sajuriana hasta el Huayno. Hizo que volvieran a resonar los ecos de la Patria Grande en las calles porteñas. Se convirtió en un baluarte que resistió a la invasión de los ritmos foráneos representados entonces por el twist y otros. Fue la respuesta a las necesidades de esparcimiento y a la nostalgia de la gente del interior que vino a Buenos Aires; que trajo consigo su música, su canto y sus danzas; que recordó a la metrópoli su estirpe criolla y estalló con furia incontenible penetrando verticalmente la sociedad porteña que no hizo sino recordar que la argentinidad es una sola. Desgraciadamente un fenómeno sociocultural claro, limpio, valioso y significativo por su hondo contenido nacional, fue aprovechado y desnaturalizado por los negociantes de siempre que comercializaron para su bolsillo la honda repercusión popular, honesta, espontánea y afectiva. Así nació el "negocio", "abigeato", "estafa" y "peculado" del Folklorismo en manos de seudo "empresarios" que "protegen" a sus pupilos, o "ditan" su música, o digitan quien graba o quien no, o deciden cuáles son los discos promocionados y cuáles caerán en el olvido, con total desprecio por el ciudadano común, víctima de este tipo de manejos. Frente a esta gravísima atentado a la cultura popular, pierde dimensión otro aspecto que tiene también una carga negativa y oscurece muchas veces recitales y espectáculos, que es la "versión intelectual" o "didascálica" en boca de animadores, presentadores o conductores, que explican al espectador, oyente o televidente, lo que va a ver. Son aquellos que con voz engolada dicen Folklore, alargando la o, y sin pronunciar la e, casi a la francesa. Por suerte, el que oye, ya ha aprendido a separar la paja del trigo y hace oídos sordos. Pierde dimensión dije, pero su cuota de daño no disminuye. Como no es el caso, no hablaré de ciertos conjuntos, ballets o solistas que contribuyen, con la mejor buena voluntad, a completar la desnaturalización de la que he hablado, por obra de los "expertos en las cosas de la tierra" o "la fuerza telúrica" que tienen ciertas especies literarias o coreográficas.

Y para cerrar estas manifestaciones que representan una verdadera toma de posiciones, aquí y ahora, no puedo menos que referirme a otro, término infaltable en toda ocasión: tradición. Parafraseando una expresión célebre sintetizaré mi pensamiento: Tradición: ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre! El sentido de esta fuerza intangible y poderosa que constituye uno de los puntales de los pueblos sanos y fuertes, a fuerza de ser manoseado y tergiversado, termina por cobijar anacronismos, disfraces, y estereotipos, que más de una vez resultan peyorativos o ridiculizantes. Recuerda, amigo lector, la vestimenta de los integrantes de ciertos ballets (sic) que bailan carnavaletos o chamameses (sic); la vestimenta, gestos y actitudes de algunos personajes que juegan su vida en cada actuación revoleando boleadoras filias (por suerte para los espectadores), los decorados de algunos espectáculos o "especiales" que en aras de la originalidad cuelgan de las paredes ponchos, guascas o arrees de montar, ubican un brasero de hierro fundido, apoyan ruedas de carro de corralón en la otra pared y ceban mate sin agua, en mates sin yerba, que toman personas que aparte de no saber cómo hacerlo, asen la bombilla con la mano, porque sino se cae al suelo porque le falta sostén; recuerda, por fin, la inconcebible variedad de gauchos de carnaval con que nos saturan periódicamente y estarás de acuerdo conmigo. La realidad es que la tradición es una fuerza que trata en vano de impedir la caducidad de las formas heredadas y,

en su defecto, rescata los valores imponderables que subyacen en los hábitos, costumbres, música y danza, en una palabra, en el estilo de vida de cada época y lugar, para ir sumándolos al acervo de la nacionalidad. La reconstrucción debe ser respetuosa, porque al conjuro de la música, de un paso de baile, de un gesto signifiante, tomará vida en su lugar y en su tiempo el hombre o los hombres que fueron sus creadores. Que ese es su valor inmutable en el concierto de lo argentino. Que la recreación es lícita nadie lo duda. Además de lícita debe ser declarada y fácilmente distinguible, para evitar confusiones. ¡Ah! y debidamente documentada, si es que quieren evitarse desnaturalizaciones.

El camino de los estudiosos del Folklore es largo y aspérrimo, que no admite ya improvisaciones ni diletantismos y requiere una profunda versación histórica, antropológica y metodológica. A medida que se avanza en él "redescubriremos congrata sorpresa e íntimo recogimiento, el mecanismo lento y tenaz que dio forma a la cultura de nuestros padres y nos parece rejuvenecer con el trabajo constructivo de la nacionalidad. Luego, en capas más hondas, alcanzamos la trabazón de las culturas que representamos y que nos quedan afines y por último, los elementos nucleares de lo que es humano". Por lo general se enfrenta esta situación como algo fijo e inmutable, ya terminado, y se dice que el Folklore ha muerto, mirándolo desde la soledad del gabinete, después de ver cómo se desdibujan a lo largo y a lo ancho del país ciertas formas culturales tradicionales, camino a su extinción.

Entiendo que no es así de simple el fenómeno. Yo no firmaría un acta de defunción. El largo y complicado proceso de la integración de la nacionalidad no ha terminado. Luego de transcurrido el proceso de sincretismo cultural que se consolidó y nos llevó a la Organización Nacional, se sumó la inmigración masiva del último tercio del siglo pasado y del primer tercio del que corre y surgió lo que se llama la Argentina Moderna, que pareció agringar definitivamente a la criollidad. El fenómeno de las décadas siguientes produjo el "boom" del Folklore, que dura todavía, que revitalizó los elementos constitutivos de la nacionalidad conmoviendo inclusive a la gran metrópoli. El factor decisivo fue la movilidad social característica de nuestro país. Movilidad social y geográfica, que es la savia nutriente y vivificadora de la argentinidad. La tradición, entendida como lo dije párrafos atrás, irá rescatando los nuevos valores que surjan e incorporándolos en su debido lugar. Lo más difícil es desprenderse de la posición de "todo verdadero amante del trabajo folklórico es un espíritu fino y aristocrático que mira con cierto escepticismo a las plebes invadidas por el ardor de captar los últimos modelos del vestir, del pensar y del creer, no sin agudo disgusto ante la petulancia de los medios de difusión técnica modernísima, basados en el ruido y en la insistencia óptica, posición elitista y aristocratizante que priva en muchos estudiosos serios".

La estratificación cultural y la movilidad social, que implica la circulación de bienes en sentido vertical y horizontal, más la fuerza selectiva e integradora de la tradición, garantizan la perdurabilidad del Folklore. Claro que lo que aquí he llamado Folklorismo variará según las épocas.

Pero este asunto no forma parte del tema que trato hoy y al cual vuelvo inmediatamente. Las líneas que aparecen encomilladas son tomadas de uno de mis viejos



maestros de Antropología, José Imbelloni, quien los escribió allá por el año 1943 y pocos recuerdan.

#### 14. LA PRESENCIA INCAICA EN EL FOLKLORE NOROCCIDENTINO

De acuerdo con lo que he manifestado en los acápites precedentes, a continuación ensayaré el diagnóstico y la valoración de los componentes incaicos en la configuración cultural que coincide con la esfera de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste, según la terminología que utilizó en las notas tituladas Culturas Regionales Argentinas que aparecen regularmente en esta revista. Esta tarea supone un análisis exhaustivo de las diversas modalidades culturales que caracterizan a los habitantes de las unidades espaciales que enuncié en el acápite 2, para rastrear componentes de aquel origen. La mayor dificultad está en la carencia de tales estudios, muy escasos por cierto. De los pocos existentes utilizaré en esta oportunidad cuatro que llevan mi firma: **Estudio etnográfico comparativo de la subcultura humahuagueña** (ver RUNA, Archivo para las ciencias del Hombre, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, Vol. XI, Partes 1-2 Buenos Aires, 1968, pp. 7-69); 2) **Áreas de investigación**. Ver Catolicismo Popular. Vol. V. Buenos Aires, 1968, Ed. Bonum. 3) **Antropología Argentina. Una propuesta para estudiar el origen y la integración de la nacionalidad**. Buenos Aires, 1977, Ed. Bonum. 4) **Notas de Etnografía Huchihueña**. Buenos Aires 1977, Ed. Glauco.

Según se desprende del estudio arqueológico que hice a partir del acápite 2, el espacio geográfico que recibió el aporte incaico se localiza en el Altiplano Andino,





COTADORMA IORITEZORERO  
TAVANTISVIOQVIPOC  
CYRACA-COM DOR-CHAVA



Contador mayor y tesorero del reino. Tenía gran habilidad para saber, y contaba y numeraba y ajustaba cuanto pasaba en el reino, según Guaman Poma.

COREON-MAJOR-IMENOR  
HATVICHASQVICHIRY  
MULLO-CHASQVI-CYRACA



Correo chasqui, era hijo de Curaca fiel y liberal y tenía una pluma quitasol en la cabeza para que lo viese de lejos el otro chasqui.

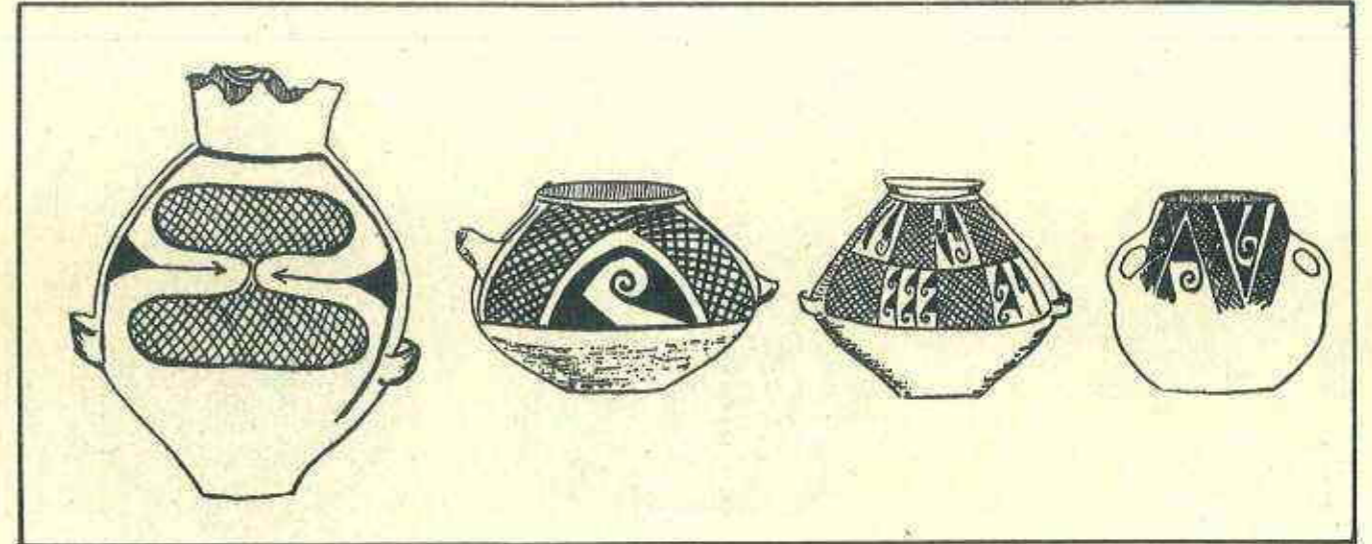
en la Quebrada de Humahuaca, en la subregión Valliserrana y en Cuyo, y no es de ninguna manera uniforme ni en difusión, ni en intensidad. Disminuye a medida que avanzamos hacia el Este, de acuerdo con la información existente. La verificación corresponde a una estrecha franja vertical paralela a la Cordillera. En el análisis que sigue he tenido presente que el proceso de incaización prehispánica continuó en los primeros tiempos de contacto y ocupación como consecuencia de los "indios amigos" que trajeron como "mitimae" los conquistadores, que incluía el quechua como "lingua franca", difícil de cuantificar, pero que existió. Seguramente, el uso de quipu en Andalgalá es de ese origen, y no vale como indicador general.

Quede claramente entendido que mi análisis comparativo corresponde a la primera mitad de la década del sesenta; que la forma cultural que trato es la configuración cultural vigente no urbana en cada unidad espacial propuesta; que como he demostrado en la primera parte de esta nota el aporte incaico no aparece antes del último tercio del siglo XV y que no alteró demasiado las culturas locales, salvo en algún lugar específico; que la conquista y posterior colonización española alteró y penetró verticalmente las sociedades y culturas aborígenes, recibiendo a su vez fuertes influjos locales como consecuencia del mestizaje físico y cultural dando lugar a una nueva forma cultural, la cultura criolla, cuyo componente aborigen es local y no importado; que mi análisis es producto de observación directa in situ con el rigor metodológico que exige la disciplina que practico, que deja de lado lo espúreo, lo agregado y lo reciente, producto de la aceleración del cambio y deformada por los medios de comunicación masivo, que ya en la década del sesenta hacían lo suyo; que los Incas, a su vez, fueron los últimos que dieron su barniz cultural a pueblos agrícolas que vivían en la región andina desde 2.000 años antes de Cristo, en el Perú.

Y, para aclarar lo que aquí vengo diciendo, piensa amigo lector, que si William J. Thoms hubiera vivido en el Cuzco en 1510, habría escrito su carta en esa fecha, luego de comprobar la estratificación de los patrimonios en el Cuzco y sus alrededores; o en el reino de Quipu o en el Colla-Suyu, aún concediendo que la movilidad social espontánea no era frecuente, pero teniendo presente que el traslado de "mitimae" de una región a otra del Imperio cumplió la misma función.

14.1. Iniciaré mi análisis tomando en conjunto las unidades espaciales que he llamado Altiplano Andino y Quebrada de Humahuaca y sus tributarias. Ambas integran el más remoto noroeste argentino y ejemplifican dos grados distintos de conservatismo cultural seguramente aptos para estudiar el problema que trato. Antes de proseguir estimo necesario precisar que entiendo aquí por conservatismo cultural. Me refiero específicamente a la permanencia del estilo de vida que surgió como resultado del fenómeno de aculturación bilateral que tuvo lugar a partir del momento en que se produjo el contacto hispano indígena continuado, durante la segunda mitad del siglo XVI, que dio origen a lo que he denominado Cultura Criolla, en sus configuraciones regionales de Altiplano Andino y de la Quebrada de Humahuaca.

La cultura criolla del Altiplano por su especial posición geográfica y por la falta de comunicaciones, conservó su fisonomía dieciochesca hasta principios de este siglo coincide con la de Boman de 1908, y se va desdibujando en la Región Andina de la République Argentine et du désert d'Atacama" publicada en 1908 en París. Es la fuente en la que se nutren todavía los estudiosos, a la que suman datos de Ambrosetti, que anduvo por allí a fines del siglo pasado y, eventualmente, del estudio de Alfonso Carrizo de los años veinte, que apareció en el Cancionero Jujefe. De tiempos recientes no hay estudios equivalentes. Existen sí, esfuerzos individuales que mantienen el interés por un lugar conservativo, pero ocu-



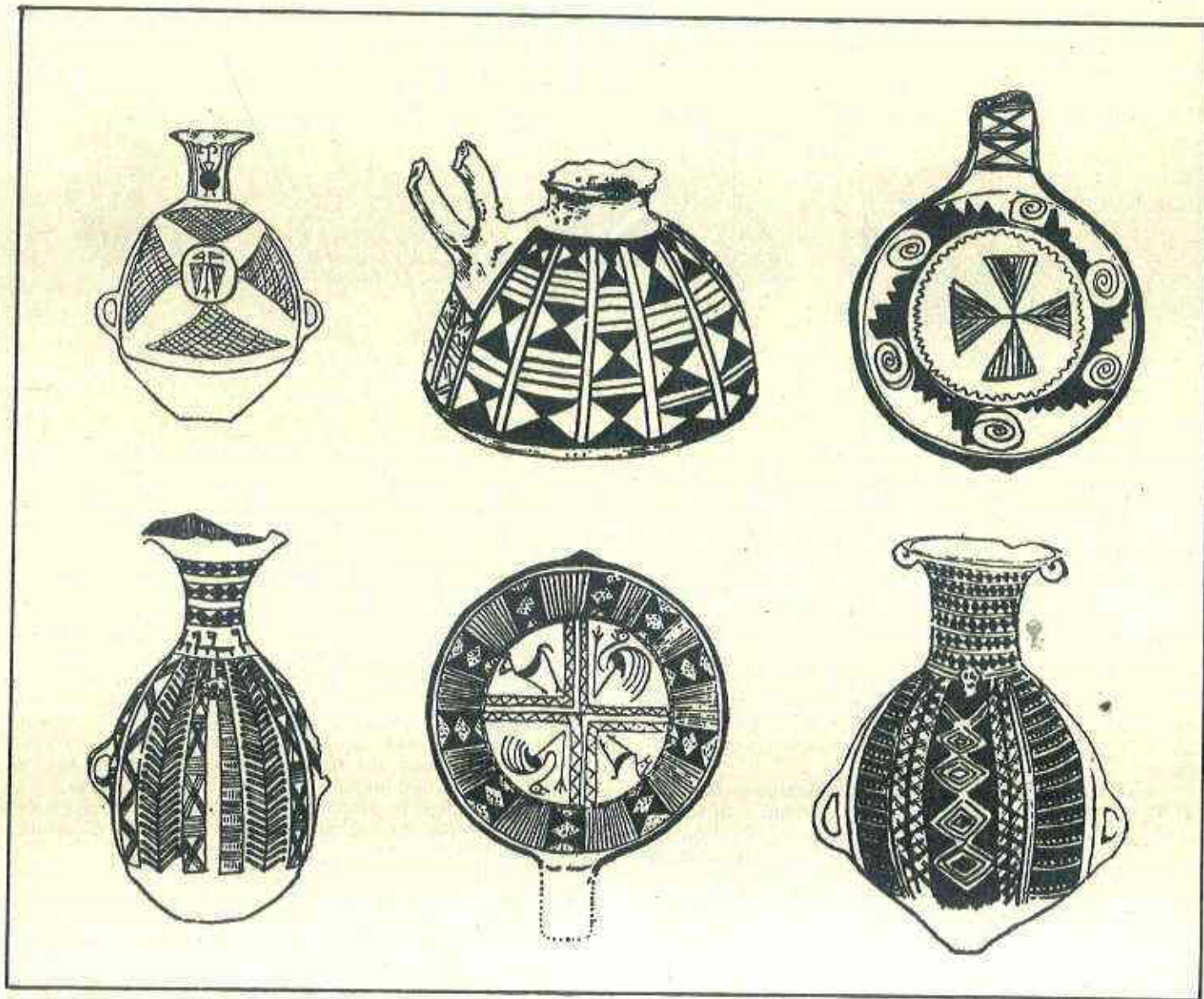
pados en "rescatar" ciertos y determinados rasgos o complejos culturales vigentes, no exentos de cierta actitud mesiánica que salva, para deleite de los eruditos, hábitos o prácticas "de esa gente", con mentalidad de coleccionista de especímenes para Museo, con total abstracción del contexto que los rodea. Claro que honestamente convencidos que hacen ciencia. Hay también gente que se esfuerza por canalizar su deseo de ser útil, que se interesa por los argentinos que duran en ese inhóspito habitat, que por falta de la adecuada orientación, se desperdigan en esfuerzos individuales o canalizan su frustración en tareas de voluntariado o de beneficencia.

La pregunta es: ¿qué hay de origen incaico en la forma cultural puneña de nuestro tiempo? La respuesta sin duda sorprenderá a más de uno de los lectores. El patrón cultural que prevalece en el medio rural es el de una cultura mestiza, criolla como la he llamado, en la que prevalece la apariencia externa españolizante. Economía autosuficiente, basada en la ganadería y pastoreo de animales europeos. La agricultura de subsistencia, en donde es posible: maíz, trigo, cebada, papa, quinoa. La llama, como se ve, es animal de carga. El sistema de cultivo, español con arado de palo, de origen andaluz. La tejeduría que sobrevive, si bien es de ascendencia aborigen, está europeizada, con telar español. El comercio interzonal descansa en el intercambio de telas y sal mineral, que en ciertos lugares es el trueque. La vestimenta de hombres y mujeres es totalmente españolizada, de aire dieciochesco como dije, aunque sobrevivan airosoamente ciertas prendas de origen andino, no incaico específicamente. La vivienda y el patrón de asentamiento, reproduce el patrón prehispánico generalizado que no es de procedencia incaica. La unidad familiar es monogámica. Perdura una institución, el sirvinacuy, que los españoles llamaron "matrimonio de prueba". Predomina la unión consensual, que no incide demasiado en la estabilidad familiar. Algunas parejas son "civiltaos" o algún misionero los unió en la religión. La vida espiritual está atravesada verticalmente por la Religión Católica, pero la exteriorización de la religiosidad natural de los puneños no siempre se cifre a su dogma y a sus preceptos. Hay profundamente entremezcladas, formas de religiosidad de origen autóctono que no son todas del mismo origen, que proceden de viejos horizontes culturales que no son de tiempos incaicos. Incluidos ciertos complejos rituales como el de la Pachamama y el culto de los difuntos de rancia ascendencia andina. Ni siquiera la existencia de ciertos ritos de pasaje, como el rutichico o primer corte de pelo, que se hacía entre los 8 y 12 años de edad, puede ser considerado como de origen incaico. La música, danza y canto han quedado reducidas a lo más elemental. Instrumentos de percusión y de viento, de origen indígena, aunque algunos de ellos, como bombo, tambores y redoblantes, cuando aparecen, se piensa

que son de extracción hispánica en ciertos casos. No así la caja, que ha sido documentada en tiempos pre-incaicos. Los instrumentos de viento, quena, pinkullo, anata, siku, mates y calabaza hunden sus raíces en el pasado andino y de ningún modo incaico. El canto se ha refugiado en las "coplas" de lengua arcaizante, sostenidos por ritmos y tonos de seguro origen local. La danza, no va más allá de la ronda alrededor del coplero o de brincar al sonido del erquencho, aerófono de origen bastardo. No puede dejar de mencionar el charango so pena de pasar por ignorante. Pero cuando se ve, o se ha visto, resulta siempre que quien lo tañe, viene de Bolivia. Sin contar con que sus raíces terminan en un "guitarrico" peninsular, que inspiró tardíamente a algún artesano local y produjo el prototipo de uno de los instrumentos "autóctonos" que adquirió gran popularidad. El balance es ilustrativo, ¿verdad?

14.2. La información disponible y la observación directa en el terreno, hacen que la configuración cultural de la Quebrada de Humahuaca sea más conocida y pueda afirmarse que junto con el Altiplano Andino ha integrado un área cultural más amplia, junto con buena parte del norte y del centro del país de la cual en el resto de la región Noroeste sólo quedan islotes aislados. La configuración geográfica como lugar de tránsito para la difusión de bienes culturales, tanto de la civilización industrial y urbana del país, como de la vecina Bolivia, incentivadas desde principios de siglo por el ferrocarril, y más recientemente por el transporte automotor. El último y más eficiente factor de cambio ha sido la radio transistorizada. Hoy reemplazada por la televisión, de menor acción. El fenotipo hispánico de la cultura criolla en su versión local es más evidente todavía. La economía agrícola pastoril, con predominio de la primera, rehace las prácticas campesinas de la Europa del siglo XVII y XVIII. En la tecnología puede observarse algo semejante. La unidad familiar es monogámica y el paréntesis ritual tiene todavía vigencia. El ciclo vital, desde la preñez en adelante, ha sufrido una hispanización casi total. La vigencia del rutichico, que ha adquirido nueva significación a manera de seguro social y la existencia no del todo precisa de "clases de edad" y la designación RUNA para englobar juventud y madurez que ya casi no se usa, podría sugerir cierta afinidad con los grupos de edad incaicos, pero la seguridad tambalea si recordamos que los españoles trasplantaron acá lo que conocían del Perú. En la religión se observa con mayor seguridad lo que consigné en el Altiplano: nada ha quedado de la religión incaica. En las manifestaciones artísticas ocurre algo similar. Las "coplas" evidencian además del idioma, contenido y letra europeos. Con la danza, lo mismo. Ciertas evoluciones de los "Plumudos", que se mueven según ciertos desplazamientos pre-fijados, son sin duda relictos de danzas de adoración y sometimiento de los indígenas al





Dios de los Cristianos o al Santo Patrono local, como San Juan, por ejemplo, en cuanto a los desplazamientos de las viejas comparsas de Carnaval, encabezadas por quien lleva la bandera, aun así, con seguridad, danzas locales y el paseo del estandarte real en manos del Alférez. Respecto del "baile de las cintas", no existen dudas al respecto. Las comparsas más "populares" de tiempos relativamente recientes, como Diablos o Diabladas no ofrecen dudas en cuanto a su origen alóctono. Otro tanto vale para la organización de las Bandas de Sikuris, que tuvieron su apogeo en la década de los años cincuenta, llegando hasta los años sesenta. Respecto del charango se convalida lo que dije antes. Por lo demás el habitante de las quebradas vive sumergido en un mundo mágico heterogéneo en el que actúan entremezcladas prácticas de ascendencia aborigen y viejas consejas y creencias peninsulares de distinto origen y significación.

14.3. En la subregión Valliserrana la forma cultural no urbana permite reconocer el fenotipo hispánico con mucha claridad. La cultura criolla inicial se ordenó según dos patrones distintos: uno en el Cerro y otro en los Valles. En el cerro se refugiaron los indios sometidos y aculturados en primer grado, que bajo el enduido hispánico conservaron más nítido el componente aborigen. Allí fueron a dar los primeros mestizos, producto de la *barraganía* y fueron criados por su madre india. Más que un mestizo, fue un indio nuevo, que cuando estuvo en edad de trabajar fue llevado por su padre al Valle y alteró con sus medio-hermanos. La otra variedad de la Cultura Criolla, cubrió los Valles y Quebradas del bajo. La

clásica finca salteña, de indudable aire andaluz aunque sus portadores sean los "gauchos salteños". Allí estaba la familia legítima. Pero los medio hermanos se criaron juntos y muchas veces, el hijo legítimo iba a vivir con la gente de su medio hermano, no sin protestas de su madre y de su padre. Hubo siempre una rivalidad entre ambos sectores. Todavía se habla de "coyas" y "vallistos". Los primeros se equiparan con el patrón cultural que describí en el Altiplano y en Humahuaca. Los segundos representan el resultado de la adaptación al medio físico y cultural de los españoles y de sus descendientes, que no desdijeron el mestizaje, como sabemos. El componente aborigen que integra la cultura criolla de los Valles, especialmente en su versión cerril tampoco demuestra "influencia" incaica. Corresponde siempre a rasgos y complejos culturales andinos y no específicamente incaicos.

14.4 La particular configuración de la Cultura Criolla de Cuyo se destaca con relación a sus vecinos del Noroeste. En ella el substratum aborigen marcó a fuego la entidad cultural naciente. El mestizaje fue corriente y, rápidamente, estos "manebos de la tierra" como se los llamó en el Paraguay, predominaron sobre los españoles y ascendieron socialmente, llegando a Capitanes y Tenientes de Gobernador. Con menor intensidad araucanos, pehuenches, ranqueles y "pampas" también contribuyeron con su parte. El orgullo del criollo cuyano y su prestancia recuerdan más a las estancias tradicionales de la Pampa Húmeda, que a los señores de los Valles Calchaquiles, incluida la destreza ecuestre, o algún paisano que usó ojota y chiripá y muchos payadores, según fuentes de los siglos XVII y XVIII. Por lo demás, de



resabios incaicos, nada. Se reconocen en algunos rasgos del otro lado de la Cordillera en ciertos modismos idiomáticos, en numerosos topónimos y en ciertos aires musicales como cueca y tonada. El desmembramiento de la cultura criolla empieza poco después de 1880 y continúa sin solución de continuidad. El ferrocarril transandino, la industrialización de los productos regionales, el turismo que ya en 1930 era intenso, contribuyeron a acelerar el proceso. Quedan de ella islotes aislados, detenidos en el tiempo.

14.5 En las restantes unidades espaciales que propuse al comienzo de esta nota Sierras Subandinas, la llanura Chacosantiagueña y las Sierras Centrales, no hay noticias de la llegada de influjos incaicos, como es lógico, pero he estimado oportuno referirme a la cultura criolla en cada una de ellas, porque se vincula con mi propuesta final. En las Sierras Subandinas se instaló una prolongación de la cultura criolla de los Valles Calchaquiles que dio origen a la *ganadería de monte* tan tempranamente como en el siglo XVII, época en la que ya existían campos para invernar hacienda en esa región. La expansión de esa ganadería dio lugar a la construcción de represas y finalmente a la *ganadería de pozo*, en inhóspitos lugares del Noroeste extremo de Santiago del Estero, como en Copo o Alberdi. En las tierras de la Mesopotamia Santiagueña tomó cuerpo la primera versión de la cultura criolla del Noroeste Argentino a partir de 1552, año de la fundación de la ciudad homónima, a la que más de cuatro siglos de aculturación, han opacado la significación del componente aborigen, que puede reconocerse como propio de un indio españolizado. Paradójicamente, el rico folklore santiagueño es extrañamente hispanizante, pese a que muchas coplas y cantares tradicionales golpeen en idioma aborigen no local como es el quechua. La cultura criolla en las tierras que sirvieron a la ciudad de Córdoba del Tucumán, luego Córdoba la docta, y finalmente a Córdoba, la capital del turismo mediterráneo, descansa más en su acendrado localismo y orgullo criollo heredero de un gran prestigio que hunde sus raíces en un pasado lejano, que en el substratum aborigen, que menos fuerte que en otros sitios, fue absorbido por la cultura domi-

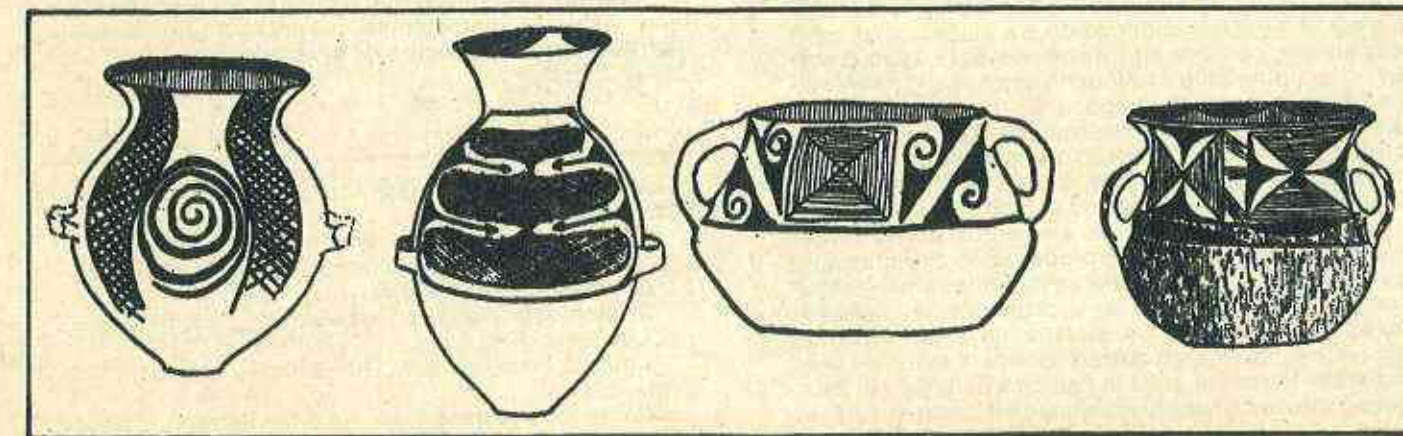
nante. Queda el trasunto de la noble sangre, de las pompas obispaes y de la boria de los doctores de Trejo y Sanabria. Que se nota en rasgos no materiales, en actitudes, en comportamiento, en la posición frente a la vida, que en lo material. Pero con una individualidad inconfundible, como su tonada.

Hasta aquí he buceado en las distintas unidades espaciales que integran el Noroeste Argentino tratando de reconocer manifestaciones culturales que evidencien un origen incaico con resultados francamente negativos, según se ha visto. A continuación consignaré mis reflexiones iniciales, que he preferido llamarlas así y no conclusiones, lo que les prestaría cierto carácter definitivo que no pretendo adjudicar a mi trabajo.

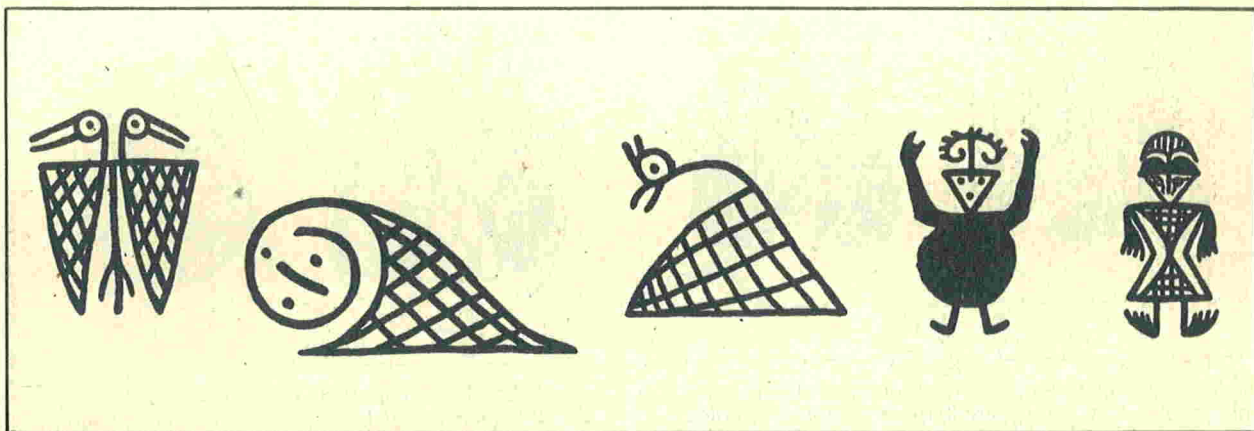
## 15. REFLEXIONES FINALES

1. Las semejanzas que pueden señalarse entre algunos de los rasgos constitutivos de las culturas no urbanas del noroeste argentino, incluidas música, danza y canto, con la cultura incaica, no pueden referirse específicamente a ella, sino a características propias de la cultura andina en general, cuya mayor parte procede de estratos culturales mucho más antiguos, que compartieron los pueblos que integraron esa unidad cultural. No son coincidencias específicas sino generalizadas.

2. Esta aparente contradicción con los resultados de mi análisis comparativo a nivel arqueológico en ciertas áreas específicas, tiene su explicación, propia de la dinámica cultural. La potencia avasalladora de la cultura dominante, una vez instalada, eliminó la poca incaización existente, que no estaba enraizada todavía ni en los aspectos materiales con la cultura local en sus distintas variedades, dando lugar a las distintas configuraciones regionales que he tratado en particular. No deja de ser sugestivo que la forma de la unidad cultural resultante de la primera aculturación, haya sido relativamente uniforme en todo el Noroeste, ya que sus componentes básicos lo eran en principio: por un lado el aporte europeo y por otro, el propio de los pueblos agricultores andinos que allí vivían. La diferenciación posterior no alcanzó a hacer desaparecer la unidad patrimonial inicial, pero sí pone de manifiesto la intensidad de la españolización.







3. Como dato erudito transcribo una cita de Ambrosetti, leída en el XII Congreso de Americanistas de París, en 1900: "Nuestros calchaquíes, estudiados en detalle, nada tienen de peruanos, y mucho menos de la época incaica, y si algunos rastros comunes hallamos en ellos, creo que deben referirse a una época anterior: a las de las grandes invasiones continentales". Con las limitaciones del caso Ambrosetti conocía el campo y aunque intuitivamente trabajaba bien. En otro trabajo, en las **Supersticiones y Leyendas**, en las que describe con pelos y señales la Cultura Criolla del área que trato, imagen que es válida para los últimos veinte años del pasado siglo que coincide con la de Boman de 1908, y se va desdibujando para cuando la ve Carrizo en los años veinte, reconoce el origen boliviano de muchas prácticas mágico-religiosas, especialmente de origen Cochabambino, mezcladas con otras de origen español.

4. No resulta difícil comprobar que los textos de los pioneros del Folklore noroestino, desde don Samuel Lafone Quevedo, primero que usó el término en el país, hasta don Juan B. Ambrosetti, no son sino la descripción de la cultura criolla vigente en su época, rica todavía en prácticas aborígenes que convivían airesamente con la cultura europea en asociación irreversible. Era la **cultura criolla del cerro**, que los criollos del Valle, que recibieron a Ambrosetti en la Hacienda de Molinos miraban como algo distinto, como supersticiones y/o herjías, desde el estrato social al que pertenecían. La versión de Ambrosetti en la obra que mencioné, que cubre un área de Tolombón hasta Cachi, con entradas hacia el oeste, coincide con la imagen que todavía funciona en el más extremo noroeste, según he visto en la década del cincuenta y más tarde aún. Esa es la prueba de la unidad de la primera cultura criolla del Noroeste, base de la Tradición Cultural Criolla del Noroeste. Sobre este estrato se fueron acumulando otros, con las diferencias regionales que empezaron a manifestarse en el siglo XVII, y continuaron ininterrumpidamente hasta nuestros días, consolidando lentamente los valores de la nacionalidad. La movilidad horizontal y vertical de los portadores expandió los bienes culturales de la primera cultura criolla y la tradición los fue sublimando. La clase social en la que aparecen, como ya dije, no es relevante. La nacionalidad no es patrimonio de ningún sector social, ni de ninguna región ni de ninguna época. Es una suma algebraica de componentes que funcionan armónicamente, producto de un largo y complicado proceso, en cuya pluralidad integrada descansa la unidad de lo argentino. Por aquí se encamina la ruta de los estudiosos del folklore, encargados de identificar los elementos constitutivos de nuestra cultura actual que proceden de distintas épocas y lugares y revivirlos respetuosamente como relictos de los distintos momentos de la consolidación de la nacionalidad, documentarlos claramente y conservarlos como testimonio de algo que no volverá. Y esto vale también para el Nordeste, para la Pampa y para todo el país. Seguramente, en un siglo más, alguien se interesará en alguna manifestación de este tiempo que la tradición

recogerá, y será identificada como integrante del estilo de vida de la década de 1970, ya superado, pero que perduró en consonancia con el papel que representa en la nueva sociedad y cultura, de la que algún día desaparecerá, sublimada en sus valores no materiales.

5. ¿Dónde se ha originado la especie de las raíces incaicas en el Folklore Noroestino? El lector ya ha podido comprobar que ni siquiera en el propio Perú se puede hablar de "raíces incaicas"; que en tiempos prehispánicos inmediatos a la conquista existen rastros de su presencia directa o indirecta en lugares específicos con intensidad variable, y que la ocupación española borró sus huellas que no habían sido sino superficiales. La respuesta está una vez más en el prestigio de los hombres y la cultura del Incanato que perduró en la memoria de los pobladores noroestinos como ya dijimos en la primera parte de esta nota. Cuando ciertos intelectuales enfocaron desde afuera (y desde arriba) el campo del Folklore sin demasiada preparación, nace la confusión entre estratificación cultural y estratificación social. Por esa vía y en esa posición "jerarquizaron" los componentes de ascendencia indígena en la configuración regional noroestina, troncándolos con la civilización incaica que les daba mayor lustre. Se trata de un craso error: no vale la apreciación jerárquica para la valoración de los ingredientes aborígenes. No es más por provenir "de los Incas" (que he demostrado ya que no es así) sino por lo que significa en el contexto del que forma parte. No desmerecen por haber provenido de los Agricultores Andinos que poblaron nuestro noroeste. Pero no deja de sorprender la permanencia de esa postura y el descuido en la identificación de la gran cantidad de rasgos procedentes de Bolivia y de la gran coincidencia en el estilo de vida de Quebradas y Valles con los Aymará históricos y con los actuales, como he señalado en otras ocasiones.

6. La reflexión final convalida mi propuesta. No se puede improvisar cuando de conocer se trata quiénes somos y adónde vamos. El folklore tiene mucho que hacer todavía. Y el Folklorismo recuperar su papel de mantener vivos los ingredientes que integran la nacionalidad, más allá del negocio y de la xenofobia.

Las ilustraciones de esta nota son de las siguientes obras:

"Acknowledgment", por Wendell C. Bennett, Everett F. Bleiler y Fran H. Sommer, New Haven, 1947.  
 "Guamán Poma", Editorial Nova, 1943  
 "Arqueología Peruana", de Federico Kauffmann Doig, Lima, 1970.  
 "Antiguo Perú", de Luis Guillermo Lumbreras, Lima, 1969.  
 "Cerámica indígena", de Antonio Serrano, Edit. Assandri, Córdoba, 1966.